

*La Segunda Guerra Púnica  
en la península ibérica  
Baecula: arqueología de una batalla*

*Editores científicos:*

JUAN PEDRO BELLÓN RUIZ, ARTURO RUIZ RODRÍGUEZ,  
MANUEL MOLINOS MOLINOS, CARMEN RUEDA GALÁN  
Y FRANCISCO GÓMEZ CABEZA

*Colaboración en la edición:*

MARÍA ISABEL MORENO PADILLA, MIGUEL ÁNGEL LECHUGA CHICA  
Y AMPARO RODRÍGUEZ MARTÍNEZ



UNIVERSIDAD DE JAÉN

La segunda Guerra Púnica en la península ibérica : *Baecula*: arqueología de una batalla / editores científicos, Juan Pedro Bellón Ruiz... [et al.] ; colaboración en la edición, María Isabel Moreno Padilla... [et al.]. -- Jaén : Servicio de Publicaciones, Universidad de Jaén, 2015

688 p. ; 27 cm

ISBN 978-84-8439-914-8

1. Guerra Púnica, 2ª, 0218-0201 a. C. 2. Historia 3. Siglo 3 a. C. Santo Tomé (Jaén)4. España I. Bellón Ruiz, Juan Pedro, ed. lit. II. Moreno Padilla, María Isabel, col. III. Universidad de Jaén, ed. IV. Título 931(460.352)

© Autores

© Universidad de Jaén

Primera edición, diciembre 2015

DISEÑO Y MAQUETACIÓN  
Servicio de Publicaciones

ISBN  
978-84-8439-914-8

DEPÓSITO LEGAL  
J-536-2015

COLECCIÓN  
*CAAI Textos, 7*

EDITA

Publicaciones de la Universidad de Jaén  
Vicerrectorado de Proyección de la Cultura, Deportes y Responsabilidad Social  
Campus Las Lagunillas, Edificio Biblioteca  
23071 Jaén (España)  
Teléfono 953 212 355 – Fax 953 212 235  
servpub@ujaen.es

IMPRESO POR  
Gráficas «La Paz» de Torredonjimeno, S. L.  
Avda. de Jaén, s/n  
23650 Torredonjimeno (Jaén)  
Teléfono 953 571 087 – Fax 953 571 207

Impreso en España / *Printed in Spain*

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra».

# ÍNDICE

---

INTRODUCCIÓN .....	7
CONTEXTUALIZACIÓN DE LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA .....	11
1. BRIZZI, G.- Qualche riflessione a proposito delle guerre puniche .....	13
2. DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J.- Los autores antiguos y la Segunda Guerra Púnica: una visión sesgada .....	29
3. MARTÍNEZ HAHNMÜLLER, V. y LÓPEZ CASTRO, J. L. - El comercio en Iberia du- rante la Segunda Guerra Romano-Cartaginesa .....	49
4. NOGUERA GUILLÉN, J., BLE GIMENO, E. y VALDÉS MATÍAS, P.- El campamento de la Palma- <i>Nova Classis</i> y la Segunda Guerra Púnica en el norte del río Ebro .....	63
5. ARANEGUI GASCÓ, C.- Sagunto en la encrucijada. Topografía de las fortificaciones del <i>oppidum</i> .....	91
6. OLCINA DOMÉNECH, M. y SALA SELLÉS, F.- Las huellas de la Segunda Guerra Púnica en el área contestana .....	107
7. RAMALLO ASENSIO, S. F. y MARTÍN CAMINO, M.- <i>Qart-Hadast</i> en el marco de la Segunda Guerra Púnica .....	129
8. CANTO, A. M <sup>a</sup> - La importancia estratégica del Alto Guadalquivir durante la Segunda Guerra Púnica, y el sitio de <i>Ilorci-Amturgi</i> .....	163
LA SEGUNDA GUERRA PÚNICA EN EL ALTO GUADALQUIVIR: EL CASO DE <i>BAECULA</i> .....	193
9. MOLINOS MOLINOS, M., RUIZ RODRÍGUEZ, A., BELLÓN RUIZ, J. P., GÓMEZ CABEZA, F., RUEDA GALÁN, C., SÁNCHEZ VIZCAÍNO, A. y GUTIÉRREZ SOLER, L. M <sup>a</sup> - El Proyecto <i>Baecula</i> : historia de una investigación .....	195
10. BELLÓN RUIZ, J.P., GÓMEZ CABEZA, F., RUIZ RODRÍGUEZ, A., MOLINOS MO- LINOS, M., RUEDA GALÁN, C., LECHUGA CHICA, M. A. y PÉREZ CANO, F.- Una metodología arqueológica para el estudio de campos de batalla.....	233
11. CÁRDENAS ANGUITA, I.- Análisis SIG de un escenario arqueológico de batalla .....	261
12. MOLINOS MOLINOS, M.; BELLÓN RUIZ, J.P.; RUEDA GALÁN, C.; RUIZ RODRÍ- GUEZ, A.; GÓMEZ CABEZA, F.; LECHUGA CHICA, M.; PÉREZ CANO, F. y RODRÍ- GUEZ MARTÍNEZ, A.- El Cerro de las Albahacas: configuración y secuencia .....	277
13. RUEDA GALÁN, C.; BELLÓN RUIZ, J.P.; RUIZ RODRÍGUEZ, A.; GÓMEZ CABEZA, F.; MOLINOS MOLINOS, M. y LECHUGA CHICA M. A.- Un contexto excepcional: las áreas campamentales en la Batalla de <i>Baecula</i> .....	289
14. QUESADA SANZ, F.; GÓMEZ CABEZA, F.; MOLINOS MOLINOS, M. y BELLÓN RUIZ, J.P.- El armamento hallado en el campo de batalla de Las Albahacas- <i>Baecula</i> ....	311
15. GARCÍA-BELLIDO, M <sup>a</sup> P.; BELLÓN RUIZ, J. P. y MONTERO RUIZ, I. - La moneda de un campo de batalla: <i>Baecula</i> .....	397

16. BELLÓN RUIZ, J.P., RUEDA GALÁN, C., RUIZ RODRÍGUEZ, A., GÓMEZ CABEZA, F. y MOLINOS MOLINOS, M.- El <i>oppidum</i> de Los Turruñuelos.....	427
17. MONTES MOYA, E. y PRADAS BALLESTEROS, C.- Aportaciones desde la arqueobotánica a la agricultura y el entorno vegetal del <i>oppidum</i> de Los Turruñuelos.....	457
18. TUÑÓN LÓPEZ, J., SÁNCHEZ VIZCAÍNO, A., MONTEJO GÁMEZ, M.; MÁRQUEZ LÓPEZ, F. y PARRAS GUIJARRO, D.- Análisis de decoraciones en cerámicas iberas del <i>oppidum</i> de Los Turruñuelos mediante microespectroscopía Raman.....	469
19. RUEDA GALÁN, C., RODRÍGUEZ MARTÍNEZ, A., MORENO PADILLA, M <sup>a</sup> I, GÓMEZ CABEZA, F., GUTIÉRREZ SOLER, L. M <sup>a</sup> , ARJONILLA BUENO, A., MARTÍNEZ CARRILLO, A., MORA MONDÉJAR, M <sup>a</sup> C. y RUIZ RODRÍGUEZ, A. - La cerámica en el Cerro de las Albahacas y en el <i>oppidum</i> de Los Turruñuelos .....	477
20. GÓMEZ CABEZA, F.- El territorio de <i>Baecula</i> : análisis de la evolución del poblamiento en el curso medio-alto del Guadalquivir .....	521
21. BELLÓN RUIZ, J. P., RUIZ RODRÍGUEZ, A., MOLINOS MOLINOS, M., RUEDA GALÁN, C., GÓMEZ CABEZA, F. y QUESADA SANZ, F. -Conclusiones y propuestas sobre el desarrollo de la Batalla de <i>Baecula</i> .....	537
22. QUESADA SANZ, F. La Batalla de <i>Baecula</i> en el contexto de los ejércitos, la táctica y la estrategia de mediados de la Segunda Guerra Púnica: una acción de retaguardia reñida.....	601
23. RUIZ RODRÍGUEZ, A., BELLÓN RUIZ, J. P., MOLINOS MOLINOS, M., RUEDA GALÁN, C. y GÓMEZ CABEZA, F.- La visibilidad arqueológica de un acontecimiento: las contradicciones de la arqueología histórica.....	621
UN ESCENARIO METODOLÓGICO DE REFERENCIA.....	637
24. ROST, A. y WILBERS-ROST, S.- Looting and scrapping at the ancient battlefield of Kalkriese (9 A.D.).....	639
BIBLIOGRAFÍA.....	651

# INTRODUCCIÓN

---

El desarrollo del Proyecto *Baecula*, iniciado en 2002 con una ayuda del Plan Propio de la Universidad de Jaén y continuado a partir de 2006 con un Proyecto General de Investigación de la Consejería de Cultura y dos del Plan Nacional I+D+i del Ministerio de Ciencia e Innovación y del Ministerio de Economía y Competitividad, ha permitido avanzar –gracias al uso de una innovadora metodología arqueológica– en el conocimiento de antiguos conflictos bélicos mediante la incorporación, dada la enorme escala de éstos, de nuevas tecnologías cartográficas (GIS, TIG, análisis cartográficos) capaces de agilizar el manejo de la información obtenida, además de otras nuevas aplicaciones nacidas de la propia arqueología (análisis metalográficos, químicos, paleoambientales... etc.).

Estamos en condiciones de afirmar, a partir de la investigación realizada, que el Cerro de las Albahacas de Santo Tomás (Jaén) fue el escenario de la batalla de *Baecula*. Ello está avalado por el consenso obtenido en la presentación de los resultados en foros científicos nacionales, másteres y doctorados y en las reuniones internacionales siguientes: en *Limes XX Roman Frontiers Studies*, en la Universidad de León en 2006; también en *Miti di guerra, riti di pace*, en la Universidad de Perugia y en el *VII Congreso de Estudios Fenicios y Púnicos en Túnez*, en 2009. También en 2010 se presentaron los resultados en la reunión *La guerre et ses traces. Conflits et sociétés en Hispanie à l'époque de la conquête romaine (III<sup>e</sup>-I<sup>er</sup> s. av. J.-C.)* en el Instituto *Ausonius* de la

Université de Boudeaux y el CNRS. Además se han realizado presentaciones invitadas en el *Parc Archéologique-Centre Archéologique Européen de Bibracte* (CNRS-Universidad de Bourgogne) y en el *Istituto Archeológico Germanico* de Roma. En Abril de 2011 el proyecto se ha presentado en Osnabrück en el *Museum und Park Kalkriese*, que es el referente de los estudios de arqueología de la guerra en Europa, por el tratamiento dado a la Batalla de Teotoburgo, en el marco del *Fields of Conflict Conference*. La metodología desarrollada en *Baecula* ha sido contrastada en Italia gracias al proyecto “Estudio de los escenarios bélicos anibólicos de *Numistro* y *Grumentum*” concedido por el Ministerio de Cultura, durante los años 2011 y 2012.

En la investigación desarrollada se ha avanzado no solamente en la localización del escenario, sino también en la posibilidad de reconstruir las acciones de la batalla: movimiento de tropas, definición de la zona letal donde se produjo el cuerpo a cuerpo, definición del lugar ocupado por las tropas ligeras y auxiliares, etc. Se han localizado los campamentos y los caminos empleados por las tropas, así como lugares que pueden asociarse al propio evento de la batalla como parte del sistema de abastecimiento de los ejércitos, como salinas y minas. Por último, se han recuperado más de 9.000 piezas de metal registradas individualmente y abundante cerámica, cuyo papel para la comprensión del contexto se convierte en trascendental, rompiendo los esquemas que asocian su presencia –la

de la cerámica– a contextos de establecimientos estables.

Toda esta información y resultados en conocimiento histórico deben ser presentados en el contexto territorial en el que se localiza el escenario de la batalla para valorar adecuadamente las conclusiones históricas relativas a la misma, validar la importancia de la metodología empleada e incluso innovar en ella en el marco del debate. Asimismo, debemos reflexionar sobre sus consecuencias en la definición de instrumentos de protección patrimonial: como los sitios históricos, las zonas arqueológicas y los paisajes culturales asociativos, tal y como se propone recientemente en la Unión Europea, a partir de la Convención Europea del Paisaje en su reunión de Florencia de 2000.

Esta monografía pretende recoger una visión amplia, desde el punto de vista histórico y metodológico, sobre la Segunda Guerra Púnica en la Península Ibérica (218-206 a.n.e.) y para ello hemos querido incluir en ella la presencia de los máximos especialistas europeos en este tema, como los profesores Brizzi de la Universidad de Bolonia o Quesada de la Universidad Autónoma de Madrid; o metodológicamente en “Arqueología de la guerra” como es el caso de los profesores Wilbers-Rost y Rost de la Universidad de Osnabrück, además de aquellos investigadores que actualmente trabajan en España temas relativos a la Segunda Guerra Púnica, como los Dres. Jaume Noguera de la Universidad de Barcelona, M<sup>a</sup> Paz García-Bellido del CSIC, Carmen Aranegui de la Universidad de Valencia o Sebastián Ramallo de la Universidad de Murcia, entre otros.

Esta monografía, articulada en torno a la Segunda Guerra Púnica en la península ibérica, se organiza en dos grandes bloques, a los que se suma un excepcional caso de estudio, un referente metodológico que nos traslada a una coyuntura más reciente: la Batalla de Teotoburgo o Kalkriese, en el año 9 d.n.e. en la cual fue derrotado el ejército de Varo, gobernador romano de la Germania. Los apartados que preceden a este estudio son la *Contextualización de la Segunda Guerra Púnica*, como un marco general de referencia en el que se incluyen estudios que

abarcen una amplia área del territorio ibero y, de otro lado, *La Segunda Guerra Púnica en el Alto Guadalquivir: el caso de Baecula*.

No queremos dejar de mencionar que este proyecto es fruto de un largo proceso de investigación interdisciplinar al que hemos querido abrazar con los trabajos más recientes y referenciales sobre la Segunda Guerra Púnica. Es esta unidad de contexto la que aporta sentido a la parte en la que presentamos los resultados del Proyecto *Baecula*. Por ejemplo, podrá observarse cómo las investigaciones realizadas en la desembocadura del río Ebro por el equipo del Prof. Jaume Noguera siguen pautas metodológicas similares y muestran un elevado nivel de coherencia respecto del registro arqueológico documentado, respecto de los materiales analizados y hallados en minuciosas campañas de microprospección arqueológica.

El debate sobre la localización de la Batalla de *Baecula* ha sido un debate filológico, como ocurre en otros muchos casos. De este modo, el dato que validaría cualquier hipótesis es un texto (epigráfico o histórico, una fuente clásica), el cual mantiene siempre en un segundo plano al dato arqueológico por muy numeroso, contundente y cualitativamente útil que éste sea. Nos parece fundamental la aportación en ese sentido del trabajo del Prof. Domínguez Monedero, quien plantea los problemas intrínsecos a las propias fuentes clásicas y la relatividad con la que éstas deben ser leídas. De cualquier modo, la identificación Bailén=*Baecula* no queda restringida a esa sumisión de la arqueología a las fuentes clásicas (malentendida, claro está), sino a otros aspectos que ya tienen que ver con procesos identitarios, con tradiciones a las que es difícil enfrentarse desde la lógica de una investigación nueva. Lo que sí nos parece preocupante, en cambio, es que sea la política la que pretenda dictaminar sobre la validez o nulidad de una hipótesis, de una investigación realizada por una institución como la universidad a la que debe suponersele –cuanto menos– una capacidad de llevarla a cabo, de plantear cambios en el conocimiento, de progresar en el mismo y de no estar condicionada precisamente por ideologías o tradiciones. Es más, en esta monografía hemos querido dar presencia a una investigadora que sostiene una

tesis contraria –desde el punto de vista filológico y toponómico–, y cuya aproximación al discurso arqueológico consideramos cuestionable, puesto que –esta vez sí– tanto la metodología aportada, como la propia inexistencia de un proyecto sistemático, de un registro arqueológico, o de unos datos que lo avalen, giran sobre el eterno discurso de la *interpretatio* de los textos y de las similitudes toponómicas que son, en definitiva, las que metodologías como la utilizada por nuestro proyecto, por el del Prof. Noguera en Tarragona; por el Prof. Quesada en el estudio de las armas; por el Prof. Morillo en el estudio de las Guerras Cántabras, entre muchos otros, rompen ese círculo vicioso y conspicuo que se aferra a una lectura doctrinal de los textos clásicos.

Como queda de manifiesto también en esta monografía, no hemos desechado la información de las fuentes clásicas pero sí que hemos limitado críticamente sus informaciones a las que definían topográficamente el escenario de la batalla. Que los datos arqueológicos se ajusten más o menos a las narraciones liviana o polibiana de la batalla de *Baecula* es otro tipo de análisis que, por supuesto, no puede quedar descartado ni condenado a la existencia o no de un epígrafe que lo sancione. Para ‘contestar’ a nuestra propuesta sería necesario un volumen similar de materiales, con una conformación contextual similar, y, finalmente, una localización geográfica y topográfica análoga a la descrita por los autores clásicos. Sumadas estas condiciones estaríamos dispuestos a discutir, a valorar otras hipótesis y también a defender la nuestra, la cual es el resultado de un proceso acumulativo de datos pero también de una continua crítica a los mismos, es decir, que consideramos que la estructura de nuestra hipótesis está bien sustentada no sólo por la metodología y los datos citados, sino porque ambos han sido continuamente valorados y apuntalados mediante la generación de continuas estrategias de prácticas de investigación destinadas a tal efecto. En este sentido, y en otro marco crítico, nos gustaría señalar que toda la financiación obtenida para realizar el Proyecto *Baecula* ha tenido carácter público y competitivo, es decir, que ninguna administración nos ha encargado o ha destinado sin un concurso previo ningún

fondo para llevar a cabo la investigación sobre el campo de batalla de *Baecula*.

El caso de *Baecula* nos recuerda a otros tantos casos historiográficamente similares de nuestra propia provincia de Jaén, como por ejemplo, el debate sostenido en torno a la identificación de *Iliturgi*, *Isturgi*, *Ossigi* y otras tantas ciudades antiguas del Alto Guadalquivir. *Iliturgi*, hoy localizada en Cerro Maquiz (Mengíbar), fue situada en Andújar y su gentilicio –y su equipo de fútbol– aún recogen esta tradición decimonónica. *Ossigi*, hoy situada en Cerro Alcalá, entre Torres y Jimena, fue situada en Mengíbar y aún queda constancia de ello en una cafetería de la localidad. Es más, tradicionalmente, *Mentesa Oretana* se había situado en Montiel (Santo Tomé) y muchos eruditos locales, como A. Ceacero, defendieron esta identificación hasta que su localización quedó esclarecida hace relativamente poco tiempo, situándose en Villanueva de la Fuente (Ciudad Real). Martín Ximena Jurado (1615-1644) fue secretario del Obispo de Jaén, Baltasar Moscoso y Sandoval, y autor de un interesante manuscrito titulado *Antigüedades del Reyno de Jaén* (1639), conservado en la Biblioteca Nacional y que recientemente ha sido objeto de una Tesis Doctoral, defendida por María de los Santos Mozas. Este erudito se enmarca dentro de la corriente de falsarios y cronicos fruto de la contrarreforma católica y de las determinaciones tomadas en el largo Concilio de Trento. Ximena Jurado se vio implicado en las falsificaciones de distintos epígrafes y plomos que pretendían demostrar la situación de *Iliturgi* en Santa Potenciana (Villanueva de la Reina, Jaén), pueblo natal de Ximena, quien también falsificó, como ha demostrado S. Mozas, distintas monedas de Arjona para demostrar la correlación entre esta localidad y la antigua *Urgao Alba* y asociarlas a los martirios de los santos Bonoso y Maximiano en esa localidad –quienes, curiosamente, según la tradición, habrían nacido en *Iliturgi*–. Nos hemos dado este breve paseo por el *Triángulo de las Bermudas* de las falsificaciones históricas para reclamar precisamente la necesidad de afrontar la investigación como una cuestión científica, precisamente no dogmática y a salvo de falsarios y cronicos, pero también como una cuestión profesional y regulada, que debe estar sujeta a ciertos controles administrativos y legales para

evitar que los protocolos de cualquier investigación posean ciertas garantías.

Trasladándonos al otro escenario histórico-gráfico, es necesario dejar constancia aquí del apoyo institucional y social con el que hemos contado en Santo Tomé, particularmente de su Ayuntamiento y también en especial de los agricultores y propietarios de los olivares situados en el Cerro de las Albahacas. Sirva como ejemplo el acuerdo tomado por unanimidad por parte de la Comunidad de Regantes de Los Cuartos de las Albahacas de prohibir el uso del detector de metales en las tierras administradas por la misma o las distintas actividades realizadas por la Asociación de Desarrollo Rural de la Sierra de Cazorla para promover y difundir el conocimiento sobre el campo de batalla de *Baecula*. Otros ejemplos más puntuales, como las estancias en la Casa Rural de El Duende, a los que

desde aquí agradecemos todas sus atenciones (a Bartolomé Mora, a Diego y Aurelia); al Mesón Rural Baecula, en especial a Juanjo y a todos sus empleados o, a la familia Cepillo, por permitirnos excavar en terrenos de su propiedad en el Cerro de las Albahacas; a Juan Galera, dueño de las olivas de Turruñuelos donde hicimos varios sondeos o, finalmente, a Antonio ('el cartaginés', para nosotros) por informarnos de lo que pasaba en su bar de la Agrupación de Santo Tomé cuando los expoliadores bajaban del Cerro de las Albahacas a contar sus hazañas y cuando comenzaba el saqueo del patrimonio de Santo Tomé que quizás jamás sea recuperable. Por lo demás, pedimos disculpas a quienes se hayan podido sentir afectados por nuestro trabajo de campo, considerando que siempre lo hemos efectuado con el mayor respeto y cuidado posible. Gracias, desde casi el final a Antonio Heredia.

## *Contextualizacion de la Segunda Guerra Púnica*

---



# 1. QUALCHE RIFLESSIONE A PROPOSITO DELLE GUERRE PUNICHE

---

Giovanni Brizzi<sup>1</sup>

Credo che chi è stato chiamato ad avviare questo Convegno presentando un profilo generale delle guerre cosiddette ‘puniche’ debba porsi necessariamente un quesito preliminare: quanti sono, in realtà, i conflitti che possono a buon diritto fregiarsi di questo nome? La definizione collettiva che designa con il termine di ‘guerre puniche’ gli scontri tra Roma e Cartagine sembra, in effetti, essere nata assai presto. Fu Cneo Nevio, ormai vecchio, che per primo, già durante la guerra di Annibale, attribuì alla propria opera, dedicata al precedente scontro per la Sicilia, il titolo di *Bellum Poenicum*<sup>2</sup>. È dunque il suo poemetto ad aver decretato la fortuna di questo termine? Certo, attraverso un processo di triadizzazione tipico, com’è noto, di gran parte degli eventi bellici relativi alla storia repubblicana, l’appellativo si è poi esteso, già con Tito Livio, dalla prima<sup>3</sup> all’ultima<sup>4</sup> delle guerre contro Cartagine; ma a ispirarlo a chi lo impiegò inizialmente sembra essere stata l’esperienza, vissuta direttamente, della tremenda lotta sostenuta contro il Barcide in Italia.

Assai fortunata fino dall’inizio, la definizione è stata però, in seguito, variamente sfumata dai moderni che se ne sono impadroniti. Da ultimo, comunque, la questione circa la pertinenza del termine è stata ripresa, in maniera profonda e acuta insieme, in un fondamentale lavoro del compianto professor François Hinard<sup>5</sup>. Chiamata ‘guerra di Sicilia’ da Polibio<sup>6</sup> e da Appiano<sup>7</sup>, per lui il primo scontro tra Roma e Cartagine non avrebbe avuto in realtà, nella percezione dei contemporanei almeno, alcun carattere eccezionale. Lo studioso riconduce infatti a dimensioni in fondo ‘normali’ l’anomalo trionfo ‘navale’ di Caio Duilio (dopotutto —egli osserva— “la tribune d’où les orateurs s’adressaient au peuple et au Sénat s’appelait déjà les Rostres depuis 338; et...le port militaire de Rome est attesté depuis au moins cette même date”<sup>8</sup>); liquida poi come semplice vezzo privato gli stravaganti onori che gratificarono fino alla morte il protagonista delle Egadi, onori, certo, particolari ma voluti (e soprattutto pagati *sua impensa*...) dal trionfatore come privato<sup>9</sup>; libera da ogni implicazione ‘marinara’ la dedica del tempio a Giuturna (dea delle

<sup>1</sup> Dipartimento di Storia Culture Civiltà. Università di Bologna, giovanni.brizzi@unibo.it

<sup>2</sup> Cic., *Cato mai.* 49.

<sup>3</sup> Liv. I, 19, 3: ...*post Punicum primum perfectum bellum* (espressione ripresa in Varro, *LL* 5, 165: ...*bello Carthaginensi primo confecto*...)

<sup>4</sup> Per. XLVIII: *Tertii Punici belli initium*...

<sup>5</sup> Quello di F. Hinard, *À Rome, pendant la guerre de Sicile (264-241 a.C.)*, “RSA” XXX (2000), pp. 73-89.

<sup>6</sup> I, 63, 4.

<sup>7</sup> *Lib.* 3.

<sup>8</sup> Così Hinard, *À Rome* cit., pp. 76-77.

<sup>9</sup> Ricordati in Valerio Massimo (3, 6, 4), questi segni di distinzione egli, secondo Cicerone (*Sen.* 44), *nullo*

fonti, e non del mare...) da parte dello stesso Duilio<sup>10</sup> e soprattutto dimostra, infine, come la chiusura del tempio di Giano, verificatasi ben sei anni dopo la fine delle ostilità in Sicilia, non possa in alcun modo essere messa in rapporto con la vittoria nel primo conflitto contro i Punici<sup>11</sup>. Altri punti ancora affronta poi lo studioso francese: e in particolare sottolinea come lo scontro per la Sicilia non sembri, in fondo, “avoir affectée sensiblement Rome”; la quale, pur avendo dedotto durante gli anni della guerra ben otto colonie, risulta, sulla base dei rispettivi censimenti, avere avuto nel 233 quasi gli stessi *cives* che aveva nel 275. Al contrario, il computo del 204 registra ben 56 mila cittadini in meno rispetto a quello del 233: “ne mélangeons pas les genres —conclude dunque lo stesso Hinard—: la Guerre de Sicile n’a rien à voir avec la Guerre d’Hannibal”<sup>12</sup>. In sostanza, quindi, il primo *bellum* con Cartagine avrebbe goduto del riflesso, non si sa quanto cosciente, riverberato dal secondo conflitto, riflesso colto inizialmente proprio da Cneo Nevio, il quale, però, piuttosto che accostare i due eventi, voleva forse contrapporli<sup>13</sup>. Il trauma subito durante la guerra annibalica avrebbe contribuito poi a estendere e a generalizzare l’appellativo. In quanto tali, conclude sempre Hinard, le tre guerre puniche dunque non esistono: “il y a d’abord eu une grande guerre de Sicile, puis la guerre d’Hannibal et, enfin, la guerre contre Carthage”<sup>14</sup>.

A soluzioni in parte diverse giunge —per limitarci a un’altra voce soltanto, pur tra le più insigni— Arnold J. Toynbee. Nel monumentale e celeberrimo lavoro da lui dedicato alla *Hannibal’s Legacy*, il primo e il secondo scontro con Cartagine sono sistematicamente definiti “the Double War of 264-201 B.C.”. Ora, al di là dell’evidente e persino ovvio salto di prospettiva nell’esaminare il periodo e, più ancora, il fenomeno ‘guerre puniche’ (mentre Hinard colloca,

per così dire, il suo punto di osservazione al centro della serie di eventi, cogliendone le diverse fasi, Toynbee analizza l’intero periodo nell’ottica del dopo, cercandone sviluppi e conseguenze; e, per così dire, appunto, la *Legacy* lasciata ai posteri), un particolare vi è che merita forse di essere riconsiderato: al termine di un breve ma densissimo *Annex*, due pagine nel corso delle quali si sforza di valutare l’entità delle perdite navali romane durante la guerra di Sicilia, lo studioso inglese giunge a proporre, per quello che ancora una volta definisce “the first bout of the war”, “a minimum figure of 144,750 for Roman naval losses in personnel”; una cifra che, inoltre, “considering the number and the probable magnitude of the unknown quantities,... may...be very wide of the mark”. “All that we can say with any confidence” —conclude ancora il Toynbee— is that the Roman Commonwealth’s naval losses in proletarii during the first bout of the war seem likely to have been at least as great, in sheer numbers, as its losses on land in assidui in the second bout”<sup>15</sup>.

Da questo suo asserto si evincono due nuclei tematici ben precisi. Innanzitutto, egli lo ribadisce ancora, il primo e il secondo scontro con Cartagine non sono che le fasi successive di un’unica, interminabile guerra tra Potenze mediterranee per il controllo del Mar di Ponente. In secondo luogo, i guasti subiti da Roma durante la più che ventennale contesa per la Sicilia interessarono gli *assidui* soltanto in misura ridotta, scaricandosi invece prevalentemente sui *proletarii*. E tuttavia, pur solidamente argomentati, i suoi calcoli non convincono del tutto, perché pare non reggere in primis proprio il presupposto su cui egli li fonda. La percezione delle perdite potrebbe, innanzitutto, essere stata, in lui, alquanto esasperata; e una spia in tal senso traspare forse dall’ipotetico raffronto con quelle, analoghe e opposte, subite dai Punici durante la guerra. Ove infatti il computo del Toynbee si estenda all’intero dato di Polibio (Roma avrebbe affondato 500 navi nemiche contro la perdita di 700 dei propri vascelli)<sup>16</sup> e dunque, di conseguenza, si proponga per i caduti di parte cartaginese

*exemplo privatus sumpserat*: cfr. Hinard, *À Rome, pendant la guerre de Sicile* cit., pp. 77-78.

<sup>10</sup> *Ibid.*, pp. 73-74.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 78-79.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>13</sup> Così Hinard, *À Rome* cit., p.76 (il quale cita, alla nota 13, i rilievi in proposito di P. Grimal, *La littérature latine*, Paris 1994, pp. 69-72).

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 87.

<sup>15</sup> Così A.J. Toynbee, *Hannibal’s Legacy. The Hannibalic War’s Effects on Roman Life*, II, Oxford 1965, p. 523 (la stima delle perdite è discussa alle pp. 522-523).

<sup>16</sup> Pol.I, 63, 6-7.

una stima pari ai 5/7 circa di quelli romani, si giungerebbe ad ipotizzare per i Cartaginesi una cifra di almeno 103 mila unità; una strage che sarebbe stata ben difficilmente sopportabile per una semplice *polis* quale in fondo era (e rimaneva...) Cartagine<sup>17</sup>, soprattutto tenendo conto del fatto che, mentre i suoi alleati contribuivano a formare gli eserciti inviati oltremare, interamente composti di mercenari, “gli equipaggi delle navi” puniche paiono esser stati, viceversa, “... costituiti esclusivamente da cittadini”<sup>18</sup>. Costretti dunque senz’altro a dubitare di una simile cifra per le vittime cartaginesi sul mare, dobbiamo però anche chiederci, in parallelo, se il numero degli scomparsi romani non vada a sua volta in qualche modo sensibilmente ridotto.

Per valutare correttamente le perdite subite dalla *res publica* durante lo scontro per la Sicilia, occorre ricordare, inoltre, che, per quanto riguarda le forze armate, rispetto a Cartagine il rapporto va completamente rovesciato; sicché in fondo alquanto meno rilevante pare il costo che questa guerra pretese dai *cives*. È ben vero che nel computo da lui tentato anche François Hinard, propenso a diminuirne l’entità, sorregge in qualche modo la forza del suo ragionamento dando rilievo ai censimenti del 276/5 e del 234/3 assai più che non a quelli, invece pertinenti appieno, del 265/4 e del 241/0. Quando infatti, sia pur solo in controluce, si decide a porre a confronto le cifre di questi ultimi, analizzando le conseguenze della guerra su un arco di tempo più ridotto, in cui gli effetti appaiono meno diluiti, lo studioso francese deve suo malgrado ammettere che, rispetto a quello del 264, nel censimento del 233 (e più ancora, a dire il vero, in quello del 241/0) la popolazione presenta “une diminution sensible”<sup>19</sup>, sicché la differenza tra i cittadini registrati nelle due occasioni ammonta a ben 32234 unità. Non possediamo

per intero il dato relativo alla colonizzazione promossa da Roma in questo stesso periodo, che va sottratto al computo delle perdite, e vale dunque —secondo lo stesso Hinard— a ridurne alquanto l’entità. Né, a dire il vero, disponiamo del dato opposto, relativo alla crescita del corpo civico che, di norma, avveniva per cooptazione da un censimento all’altro; ma, ove si facciano ipoteticamente ascendere a 20 mila circa i coloni che rinunciarono alla cittadinanza e altrettanto ipoteticamente si computino a 18 mila circa i nuovi individui che invece l’ottennero nello stesso periodo, allora dalla somma algebrica di queste quantità sembra di poter evincere che il numero dei *cives* caduti nel conflitto per la Sicilia dovette raggiungere a stento le 30 mila unità.

Assai più grave, tuttavia, appare, da subito, l’errore di valutazione commesso dal Toynbee. Nelle liste censorie, innanzitutto, venivano registrati anche i *proletarii*, definiti non a caso *capite censi* —proprio perché erano *censi capite*, computati dunque almeno sul piano numerico—; sicché una falciatura come quella ipotizzata da lui non avrebbe in alcun modo potuto sfuggire alle rilevazioni dei censori. In realtà, quindi, con buona pace del grande storico inglese, non furono probabilmente solo i *proletarii* romani a pagare per la conquista della Sicilia. A formare le ciurme scomparse in mare, tra battaglie e tempeste, a Mylae ed Ecnomo, a Drepana e Camarina, a Palinuro e alle Egadi, essi, certo, contribuirono in larga misura; ma, forse nella prima fase della lotta almeno, l’apporto maggiore venne dagli strati più umili dei cosiddetti *socii navales*<sup>20</sup>, sicché il peso delle perdite subite durante il conflitto, certo da ripartirsi, colpì nello strato sociale dei *proletarii* gli alleati italici almeno quanto i Romani. Riguardo poi agli *adsidui*, quale fu il carico che essi ebbero a sopportare? Ai reparti imbarcati questa *couche* sociale sembra aver fornito in particolare la fanteria di marina; ma anche in questo caso, come avveniva per gli eserciti di terra, le truppe a bordo (quale era poi la loro entità numerica?)<sup>21</sup> affiancavano

<sup>17</sup> Già il Thiel mostra di dubitarne quando afferma (*A History of Roman Sea-Power before the Second Punic War*, Amsterdam 1954, p. 93) che Cartagine non aveva allora la possibilità di reclutare ciurme per una flotta di oltre 200 quinqueremi.

<sup>18</sup> Così P. Bartoloni, *Le navi e la navigazione*, in: “*I Fenici*”, dir. scientifica di S. Moscati, Milano 1988, p. 76. La diversa estensione della cittadinanza rendeva il potenziale dello Stato italico incomparabilmente superiore rispetto a quello della Potenza libica.

<sup>19</sup> Hinard, *À Rome* cit., p. 82.

<sup>20</sup> Sulla composizione degli equipaggi cfr., per tutti, *Italian Manpower 225 B.C.-A.D. 14*, Oxford 1971, pp. 421-422 (e *Appendix 24*).

<sup>21</sup> Secondo il Lazenby (*Hannibal’s War A military history of the Second Punic War*, Warminster 1978, p.16 e nota 27), le quinqueremi romane imbarcavano, rispetto a

ai legionari nuclei di *socii* italici<sup>22</sup>. A quanti di questi affondarono insieme con le loro navi vanno infine sommati i caduti dell'armata di Regolo e coloro che perirono negli altri scontri (per lo più vittoriosi, tuttavia...) combattuti in Sicilia, mentre l'apporto dei *capite censi* romani si limitò verosimilmente a una parte soltanto delle ciurme.

Ben altro fu invece il tributo di sangue preteso dal *bellum Hannibalicum*. Per tornare a quanto sottolineato già da François Hinard, rispetto alle cifre del 234/3 "en 204 il n'y aura plus que 214000 citoyens mâles adultes, soit 56000 de moins...", sans que la colonisation y soit pour quelque chose"<sup>23</sup>; e, applicando di nuovo le stesse regole già seguite a proposito del primo conflitto, ove si sommi il mancato tasso di crescita del corpo civico, certo sensibile anche in questi anni, alle perdite registrate nei censimenti, il totale dei *cives* mancanti —e dunque delle vittime reali, da annoverarsi, in questo secondo caso, quasi tutte tra gli *adsidui*— salirebbe a una cifra assai prossima alle 100 mila unità, forse più che raddoppiate, inoltre, dagli analoghi vuoti apertisi tra le genti italiche, tuttora più numerose dei cittadini. Del computo proposto dal Toynbee per quello che egli chiama "the first bout of the war" —è come abbiamo visto— forse lecito dubitare, ma, anche ammesso che la sua valutazione sia integralmente corretta, il trauma creato dalla guerra annibalica rimane nondimeno assai più forte; oltre all'entità, comunque superiore, delle perdite subite, dovette giocare, in questo secondo caso, anche la diversa estrazione sociale della maggior parte delle vittime, uscite soprattutto, a Roma e tra i *socii*, dal novero degli *adsidui*. Da questo trauma nell'immaginario delle fonti

antiche nacque —e Hinard non manca di sottolinearlo— il motivo topico del *metus Punicus*, su cui torneremo.

Lo studioso francese ha senz'altro ragione anche quando afferma che il protagonista principe del secondo conflitto, e non solo da parte punica, fu proprio Annibale: in appendice a un passo giustamente celebre (quello sui requisiti e le competenze necessari ad ogni buon comandante<sup>24</sup>) è Polibio in persona ad affermare che "di quanto allora accadeva a entrambi, ai Romani come ai Cartaginesi, era causa un solo uomo ed una mente sola"<sup>25</sup>, sicché, seguendo le sue orme, molti tra gli antichi hanno preso a definire questa seconda come "la guerra di Annibale".

E tuttavia non mancano altre ragioni che inducono a distinguere tra loro i due conflitti. Per Cartagine, in particolare, rispetto al primo scontro nel secondo tutto cambia. Cambia, innanzitutto, la strategia. In luogo di una guerra di logoramento combattuta prevalentemente sul mare quale è stata, in fondo, la guerra per la Sicilia, Annibale progetta il secondo conflitto contro il paese nemico come un vero e proprio *blitzkrieg* terrestre, come una 'guerra lampo' simile in fondo a quelle che si combattono allora nel mondo ellenistico<sup>26</sup>; una strategia che, confida, gli permetterà di piegare *uno aut summum altero proelio*<sup>27</sup> la resistenza di Roma. Per ottenere questo risultato egli conta sull'armata di terra, chiamata ad applicare sul campo una tattica del tutto nuova. Quella manovra avvolgente che, escogitata oltre un secolo prima da Filippo II di Macedonia, è stata perfezionata poi dal figlio Alessandro, si è con il Cartaginese definitivamente evoluta, adattandosi ai combattenti tipicamente individuali del Mediterraneo d'Occidente: non disponendo di truppe adeguate a formare una falange veramente solida,

quelle cartaginesi "more marines —up to 120 in a Roman quinquereme, when fully manned for battle, and apparently 40 as a normal complement—". Questo vale sicuramente, però, solo per la prima parte della guerra, quando i Romani si affidarono quasi completamente alla tattica dell'abbordaggio. Successivamente, almeno secondo C. Vacanti (*Guerra per la Sicilia e guerra della Sicilia. Il ruolo delle città siciliane nel primo conflitto romano-punico*, Napoli 2012) Roma seppe trasformare la propria marina, creando infine una flotta di 'super quinqueremi', anche tecnologicamente più avanzate di quelle puniche.

<sup>22</sup> Cfr. Brunt, *loc.cit.*

<sup>23</sup> Così Hinard, *loc.cit.*

<sup>24</sup> Pol. IX, 12-21.

<sup>25</sup> IX, 22, 1.

<sup>26</sup> È Polibio (XXXV, 1, 6) che al *pyrinòs polemos*, la 'guerra di fuoco' combattuta in Spagna, contrappone i conflitti in Oriente, risolti precisamente —e non è un caso, secondo me, che le sue parole ricordino assai da vicino quelle attribuite ad Annibale in Livio (v. nota seguente)— in una o due battaglie al massimo, decise le quali il soccombente si dichiara sconfitto.

<sup>27</sup> Liv. XXI, 35, 9.

coesa e capace di trattenere il centro avversario, il Cartaginese non solo ha fornito a tutte le sue fanterie di linea — Iberi e Celti, ma anche Libi, genti avvezze per lo più al combattimento individuale— gli strumenti migliori e più adatti al loro sistema di lotta, riarmandole con le panoplie tolte ai caduti romani, ma ha anche insegnato loro, ciò che costituisce il vero tratto nuovo del suo esercito, a battersi ripiegando. Nella manovra di Canne, l'accerchiamento delle legioni è preparato (e in parte eseguito...) da un centro che arretra e flette senza spezzarsi, e solo alla fine è completato dalle cavallerie<sup>28</sup>. Assai più stretta di quella delle contemporanee armate ellenistiche, la morsa delle forze annibaliche porta, più che alla dissoluzione, all'annientamento totale delle legioni.

L'ultimo e forse più importante sviluppo che stravolge gli equilibri interni non solo alle armate puniche, ma alle stesse strutture culturali di Cartagine, è quello relativo alla mentalità. Il vincolo, diretto e strettissimo, che esisteva da sempre nelle *poleis* greche e a Roma tra diritti civili e doveri militari, per cui le assemblee popolari raccoglievano, in sostanza, gli atti alle armi titolari dell'espressione politica, è un fenomeno a lungo sconosciuto alla città africana. Ciò comporta, da parte dei Punici, un diverso atteggiamento verso la guerra, la cui causa prima va probabilmente cercata nella spiccata vocazione

mercantile. Così "l'aventure militaire n'est pas de celles qui tentent un peuple voué plutôt à la navigation et au négoce"<sup>29</sup> e l'attività bellica perseguita per il semplice gusto dell'azzardo sembra essere stata a lungo fuori dalle sue corde. Cartagine si augurava che le guerre, soprattutto se "fort coûteuses, fussent de courte durée, et elle se résignait, sans trop de peine, à les terminer sur une défaite lorsque la fortune ne l'avait pas favorisée... Une seule ville, si peuplée fût-elle, ne pouvait pas fournir sans s'épuiser les armées qu'exigeait cette politique de conquêtes. Il était impossible d'arracher les citoyens à leur famille, à leur métier, à leurs intérêts, pour exposer ou sacrifier leur vie dans des expéditions fréquentes et lointaines. C'eût été détruire le commerce et l'industrie qu'on prétendait développer en leur ouvrant de nouveaux marchés"<sup>30</sup>. In certo qual modo obbligato per Cartagine (che, a differenza di Roma, non giunse mai a superare le dimensioni della città-stato), questo particolare atteggiamento rendeva la politica e la guerra 'ancillari' rispetto all'economia<sup>31</sup>; e, forse ancora prevalente al momento della pace di Catulo, determinò almeno in parte, a mio avviso, la scelta rinunciataria che —assunta forse soprattutto da parte del senato, ma accolta anche dal popolo— portò la città africana alla resa nei confronti di Roma.

Ora, però, tutto prese a mutare. La sempre maggiore apertura verso la cultura ellenica che andava affermandosi in quel momento in seno agli ambienti innovatori della città libica aveva nella famiglia dei Barca i sostenitori forse più accesi, certo di maggior seguito e prestigio. E fu probabilmente grazie a questa particolarissima temperie che in Cartagine, le cui strutture militari terrestri si erano fino ad allora ispirate

<sup>28</sup> Se pure a compiere i primi passi in questa direzione Cartagine fu indotta da un mercenario spartano, quel Santippo che ne portò di fatto l'esercito a sconfiggere *non virtute sed arte* (Veg., *De re milit.* 3 *praef.*) le forze di Regolo nella battaglia di Tunisi, la trasformazione ultima dell'apparato militare punico si deve al genio e all'opera di Amilcare e, naturalmente, di Annibale soprattutto. Quella attuata dai Barcidi fu una vera e propria, grande riforma militare, non meno importante dell'altra, compiuta a Oriente da Filippo e da Alessandro, ripresa e adattata alle legioni da quel Publio Scipione che, in fondo, di Annibale fu il discepolo e l'emulo migliore, mise le legioni di Roma in grado di distruggere sistematicamente sul campo le armate ellenistiche. Non posso, in proposito, che rinviare ad alcuni dei miei passati lavori, dove il tutto è assai diffusamente trattato: G. Brizzi, *L'armée et la guerre*, in: "HdO.- La civilisation phénicienne et punique. - Manuel de recherche", éd. par Véronique Krings, Leiden-New York-Köln 1995, pp.312-315; Id., *Il guerriero, l'oplita, il legionario. Gli eserciti del mondo classico*, Bologna 2008 (Nuova edizione, aggiornata ed ampliata), pp. 60-74 (con bibliografia alle pp. 92-94)

<sup>29</sup> Così M. Launey, *Recherches sur les armées hellénistiques*, I, Paris 1949, p. 541.

<sup>30</sup> Così S. Gsell, *Histoire ancienne de l'Afrique du nord*, II, Paris 1918, p. 331.

<sup>31</sup> In proposito, oltre agli autori già citati, considerazioni significative anche in S. Moscati, *I Fenici e Cartagine*, Torino 1972, pp. 675-701 (part. p. 678); e soprattutto in L. Loreto, *La convenienza di perdere una guerra. La continuità della grande strategia cartaginese*, 290-238/7, in: "La Première Guerre Punique. Autour de l'oeuvre de M.H. Fantar", Actes de la Table Ronde de Lyon (mercredi 19 mai 1999), ed. par Y. Le Bohec, Lyon 2001, pp. 39-105.

pedissequamente e senza originalità agli ordinamenti greci, poté maturare la geniale riforma barcide, destinata a cambiare le sorti militari dell'intero Occidente<sup>32</sup>. Del pari, fu al modello di Alessandro che Annibale istintivamente si volse anche per le sue scelte strategiche, programmando ai danni dello Stato nemico una campagna d'invasione simile a quella attuata dal Macedone contro la Persia e che, come quella, avrebbe dovuto concludersi —lo si è detto già— *uno aut summum altero proelio*. Quanto infine alle linee di indirizzo della città, condizionate fino a questo momento dalla particolare concezione punica della guerra di cui si è appena parlato, non è un caso che già Amilcare abbia aspirato a modificarle, stigmatizzando le scelte di Cartagine e deprecando apertamente che si fosse rinunciato alla Sicilia *nimis celeri desperatione*<sup>33</sup>; ma, se già l'atteggiamento del padre lascia intravedere una significativa inversione di tendenza rispetto alla sindrome ch'era stata fino ad allora caratteristica della città, il figlio concepì risolutamente lo strumento bellico come quello attraverso il quale realizzare i propri progetti politici.

Anche per Roma le prime guerre contro Cartagine, la seconda soprattutto, determinarono una svolta epocale. Importante fu, senz'altro, la rivoluzione tattica: Scipione l'Africano —che di Annibale era stato di fatto l'allievo e, in sostanza, il vero figlio spirituale<sup>34</sup>— trasformò gli eserciti della *res publica* e li mise in grado di condurre sistematicamente manovre volte a dissolvere la compattezza delle falangi ellenistiche<sup>35</sup>, sia operandone l'aggiramento, sia infiltrandosi entro le loro linee con un'azione compiuta per scaglioni o per singoli manipoli. Ancor più importante, tuttavia, e foriero da ultimo di sviluppi drammatici nella politica estera di Roma fu il mutamento etico conosciuto dalla *res publica*. La lotta senza quartiere contro un nemico, Anniba-

le, imbevuto di una *perfidia* che altro non era se non la propensione all'uso spregiudicato della *metis* di tipo greco<sup>36</sup>, proiettò gradualmente la *res publica* verso un mutamento profondo dell'etica bellica originaria. Risalente molto indietro nel tempo, questa aveva imposto fino ad ora ai Romani di combattere faccia a faccia, senza ricorrere a insidie o scorciatoie morali di qualunque genere; al punto che il lessico politico e militare, il quale pure si era formato proprio dal greco nel corso del III secolo a.C., ignorava (e continuò a ignorare anche in seguito...) la traduzione del termine *stratégema*, stratagemma, reso con una serie di vocaboli dall'accezione parziale, e tutti di significato negativo (*fraus, dolus, calliditas, artes, eccetera*). Si trattava, certo, di regole astratte, la cui effettiva applicazione resta, ovviamente, da verificarsi caso per caso; ma furono i Romani stessi a definire *nova sapientia*<sup>37</sup> il mutato atteggiamento assunto dai loro politici verso l'impiego degli *strategemata* e verso ogni tipo di espediente<sup>38</sup>, bandito fino ad allora, se non di fatto, almeno sul piano morale.

<sup>36</sup> Su *metis* cfr. M. Detienne-J.-P. Vernant, *Le astuzie dell'intelligenza nell'antica Grecia*, trad.it., Roma-Bari 2005<sup>2</sup>; P. Vidal-Naquet, *Il cacciatore nero. Forme di pensiero e forme di articolazione sociale nel mondo greco antico*, trad.it., Milano 2006 (in part., sull'uso bellico, pp. 246 ss.; 259 ss.); M. Bettini, *C'era una volta il mito*, Palermo 2007, pp. 28 ss. Sulla *perfidia* di Annibale come applicazione non solo bellica di una *metis* mutuata dal pensiero greco cfr., per tutti, Brizzi, *Il guerriero* cit., p. 68 (con bibliografia a p. 94).

<sup>37</sup> L'espressione è in Liv.XLII, 47, 4-9. Il passo deriva, probabilmente, da Polibio: cfr. Diod.XXX, 7, 1.

<sup>38</sup> Sulle prime trasgressioni nei confronti di *Fides* avvenute già nel corso della stessa guerra annibalica, ad opera del Temporeggiatore e di Scipione cfr. G. Brizzi, *Liv.XXIV, 46-47 e XXVI, 29-32: variazioni sul tema della fides romana*, in: "Carcopino, Cartagine e altri scritti", Ozieri 1989, pp. 117-142. Della *nova sapientia* e dell'inversione di mentalità da parte romana si è occupato non tanto J. Briscoe, il quale, malgrado il titolo (*Q. Marcius Philippus and nova sapientia*, "JRS" LIV, 1964, pp. 66-77), non tocca assolutamente questo tema, che non capisce, limitandosi a trattare dell'attività diplomatica di Marcio Filippo e degli schieramenti politici del tempo; quanto G. Zecchini, (*Polybios zwischen metus hostilis und nova sapientia*, "Tyche" 1995, pp. 219-232; Id., *Il pensiero politico romano. Dall'età arcaica alla tarda antichità*, Roma 1997, p. 27 (oltre, naturalmente, a chi scrive, che già aveva sviscerato il tema nello stesso senso: G. Brizzi, *I sistemi informativi dei Romani. Principi e realtà nell'età delle conquiste oltremare (218-168 a.C.)* Historia

<sup>32</sup> A proposito della quale rinvio, per tutti, alle pagine di un mio precedente lavoro: G. Brizzi, *Il guerriero, l'oplita, il legionario. Gli eserciti nel mondo classico*, Bologna 2008 (Nuova edizione, aggiornata ed ampliata), pp. 60-74 (con bibliografia alle pp. 93-94).

<sup>33</sup> Liv.XXI, 1, 5.

<sup>34</sup> Anche in questo caso mi limiterò a rinviare ad un mio recente volume: G. Brizzi, *Scipione e Annibale. La guerra per salvare Roma*, Roma-Bari 2007 (ove ampia bibliografia precedente).

<sup>35</sup> Cfr. Brizzi, *Il guerriero* cit., pp. 79-84.

Esiste, tuttavia, un tratto che accomuna le prime due guerre tra Roma e Cartagine; e, secondo me, lo ha colto almeno parzialmente Dexter Hoyos quando le ha definite *unplanned wars*<sup>39</sup>, guerre non programmate. Tali furono, in effetti, entrambi i conflitti, che settori importanti degli opposti senati, stretti tra loro da rapporti di ospitalità e di *amicitia*, non volevano e che furono, curiosamente, rese possibili dall'indebolimento delle aristocrazie conservatrici grazie a due 'rivoluzioni democratiche', parallele ed opposte, all'interno delle città rivali. A favorire lo scoppio della prima guerra, infatti, furono, in Roma, le riforme di Appio Claudio Cieco; che, potenziando nei comizi la presenza e la forza politica dei detentori di ricchezza mobile, sconvolsero temporaneamente gli equilibri nelle assemblee di voto, portandole a schierarsi per l'intervento in Sicilia patrocinato dai *leaders* mercantili (e, non a caso, avviato poi da un altro Appio Claudio, il *Caudex*...) benché il senato fosse, in maggioranza, contrario all'impresa.

Quanto al secondo conflitto, in occasione del suo scoppio la contrapposizione interna alle opposte aristocrazie appare ancora più decisa ed evidente. In questo caso, però, importa innanzitutto definire quale sia stato il reale atteggiamento tenuto dallo Stato punico e quale peso politico abbia avuto in patria la *factio* *Barcina*, il 'partito' dei Barca. Secondo Fabio Pittore<sup>40</sup>, infatti, la responsabilità dello scontro andava imputata ad Annibale, che "intraprese la guerra di propria spontanea iniziativa, contro il parere dei Punici"; mentre da giustificare erano i notabili di Cartagine, "nessuno dei quali era disposto ad approvare la sua condotta nei confronti della città di Sagunto".

Che in quel momento questo fosse, presso l'aristocrazia romana, un parere sostenuto da molti (e che l'idea sia sopravvissuta a lungo in seguito, durante la guerra e oltre...) è un dato che sembra trapelare almeno indirettamente anche dal testo di Polibio, che —pur citando Fabio Pittore<sup>41</sup> solo per smentirlo— finisce poi in fondo, come si è detto, per assumerne le posizioni<sup>42</sup>. Dal resoconto dello storico acheo trapela inoltre subito, a stento mascherata, una realtà che in qualche modo sembra richiamarsi all'asserto dell'annalista. Secondo Polibio i messi della *res publica* che, sotto la guida di uno dei Fabii, erano venuti a chieder conto della distruzione di Sagunto, giunti a Cartagine presentarono subito ai Punici l'ultimatum che imponeva di consegnare Annibale e il suo stato maggiore o di prepararsi ad affrontare la guerra. Di fronte a questa richiesta si levò allora, in piena aula del senato, uno dei geronti cartaginesi, deciso a giustificare la condotta della sua città. Lo fece passando ostentatamente sotto silenzio l'accordo dell'Ebro, come se non fosse mai esistito o, almeno, come se non avesse alcun valore, poiché era stato concluso —egli disse— senza il consenso di Cartagine. Per questo motivo —affer mò poi —i rapporti tra Roma e la città africana andavano regolati unicamente sulla lettera del trattato cosiddetto di Catulo, quello che, nel 241, aveva concluso la guerra di Sicilia, da considerarsi come l'unico testo di riferimento per definire le relazioni tra le due Potenze. In quel trattato —disse ancora il senatore cartaginese— non si parlava assolutamente dell'Iberia; e, sebbene all'atto della stipula si fosse stabilito di garantire la sicurezza dei precedenti alleati, tra questi, naturalmente, non figuravano i Saguntini<sup>43</sup>.

Al di là delle considerazioni che verremo elaborando tra un attimo, cominceremo col dire che, ostentatamente rimosso nel discorso del senatore cartaginese, il trattato dell'Ebro è presente come una sorta di scomodo 'convitato di pietra', che conviene togliere dal tavolo prima ancora di cominciare a discutere: l'aperto rifiuto di rapportarsi a quel patto (le cui clausole, pure,

Einzelchriften, Heft 39, Wiesbaden 1982, pp.111 ss.; e in particolare, sulla *nova sapientia*, pp. 236 e 240. Cfr. anche, successivamente, Id., *Fides, Mens, nova sapientia: radici greche nell'approccio di Roma a politica e diplomazia verso l'Oriente ellenistico*, in: "*Serta Antiqua et Mediaevalia: IV.-Linguaggio e terminologia diplomatica dall'antico Oriente all'impero bizantino*", Atti del Convegno Nazionale, Genova, giovedì 19 novembre 1998, a cura di M. Gabriella Angeli Bertinelli e L. Piccirilli, Roma 2001, pp. 123-131).

<sup>39</sup> Già nel titolo: D. Hoyos, *Unplanned Wars. The Origins of the First and Second Punic Wars*, Berlin 1998.

<sup>40</sup> Citato da Polibio: frg. 25 P. = Pol. III, 8, 1-5; cfr. 9. 1-5.

<sup>41</sup> Pol. III, 20, 9-10; 33, 1-4.

<sup>42</sup> Si ricordi la posizione da lui assunta sul ruolo di Annibale nel quadro del secondo conflitto con Roma: Pol. IX, 22, 1.

<sup>43</sup> Pol. III, 21, 1-5.

a una valutazione superficiale sembrerebbero favorevoli ad Annibale...) e il trasparente accenno alle alleanze preesistenti (che, di norma, in antico erano considerate vincolanti di fronte a ogni nuova definizione dei rapporti...) da un lato dimostrano in modo secondo me inequivocabile l'antiorità della *symmachia*<sup>44</sup> tra Roma e Sagunto, provano dall'altro che i Cartaginesi erano consci di aver violato a torto l'intangibilità del *polichnion* iberico.

Ma, a mio avviso, i contenuti impliciti nel passo vanno ben oltre. Per poterne offrire una lettura in qualche modo logica, occorre infatti rovesciare la sequenza dei fatti quale essa è stata proposta da Polibio. A parlare per primo dovette essere infatti il senatore cartaginese; e alla dichiarazione con cui, per bocca sua, il consesso sembrava voler dissociare la città rispetto alla politica dei Barcidi, i *legati* di Roma replicarono chiedendo che il *gerontion* di Cartagine rifiutasse allora di riconoscersi nella distruzione di Sagunto e accettasse di consegnarne i responsabili o almeno di sconfessarli. Ciò che una parte del consesso sarebbe, io credo, stata assai lieta di concedere era tuttavia, per ovvii motivi, impossibile; e fu la guerra.

Quest'ultima prospettiva ci pone però di fronte ad una duplice evidenza. Da un lato ci obbliga infatti a constatare che l'atteggiamento dell'oligarchia cartaginese non era assolutamente unanime, ma esisteva al suo interno almeno una corrente che, e non solo sul piano della politica estera, si opponeva alla *factio* *Barcina*. Dall'altro prospetta un'ipotesi del tutto sorprendente: che cioè — forse perché erano sostenute anche da ben precisi settori dello stesso senato di Roma — anche gli ambasciatori della *res publica* prevedessero in certo qual modo le argomentazioni poi avanzate dal geronte punico, le considerassero almeno in parte plausibili e fossero dunque preparati a verificarle nei fatti; sicché, a mio avviso, la loro risposta intese offrire agli interlocutori punici un'ultima possibilità di evitare lo scontro. Più ancora, con buona pace di Polibio<sup>45</sup>, l'annalistica coeva all'evento riprese questa stessa posizione, evidentemente

sostenuta davvero da alcuni tra i notabili africani e almeno in parte condivisa all'interno dello stesso senato della *res publica* italiana: a che altro, infatti, rinviano i passi ricordati fin qui se non all'osservazione di Fabio Pittore citata da Polibio, che pare l'esatto parallelo di parte romana rispetto alle argomentazioni del senatore punico?

E, tuttavia, non si può parlare semplicemente di gruppi contrari alla guerra. I legami tra le due aristocrazie erano assai più profondi: esistevano cioè, nell'una e nell'altra *polis*, fazioni conservatrici unite da tempo con importanti vincoli di ospitalità e di amicizia, e queste dialogavano tra loro anche in via informale e manovravano sovente per linee traverse rispetto alle relazioni ufficiali esistenti tra Stato e Stato, privilegiando i reciproci rapporti personali. È probabile che strati assai larghi e forse persino maggioritari del senato di Cartagine si siano opposti ai Barcidi appoggiandosi agli amici che avevano in Roma; e Annone, divenuto il simbolo di una resistenza al loro potere che contava sull'appoggio della *res publica* italiana, non era certo il solo *Romanum senatorem in Carthaginiensi curia*<sup>46</sup>.

Per riprendere a rovescio l'immagine proposta per la guerra di Sicilia, a innescare il secondo conflitto fu dunque la svolta 'democratica' barcide a Cartagine, che, saldando popolo ed esercito, permise alla famiglia di Annibale di esercitare quasi ininterrottamente per quarant'anni l'egemonia politica in città, mettendo in minoranza gli avversari politici; e portò a uno scontro con Roma che una parte del *gerontion* punico non avrebbe assolutamente voluto.

Anche il senato di Roma era diviso; e, accanto a un gruppo di famiglie — i Cornelii Scipiones, ad esempio; o i Livii; o gli Appii Claudii; o gli Aemilii — dichiaratamente ostili a Cartagine, esisteva una parte dell'aristocrazia romana che intratteneva eccellenti rapporti personali con i nobili punici e poteva contare su forti connivenze all'interno di un *gerontion* alla cui fazione oligarchica intendeva restituire il potere. Tra i grandi clan che, in Roma, si opponevano alla

---

<sup>44</sup> Pol. III, 15, 8.

<sup>45</sup> Pol. III, 8, 9-11; cfr. 9, 1-5.

<sup>46</sup> Secondo l'accusa rivoltagli più tardi da Imilcone: Liv. XXIII, 12, 5.

guerra va, appunto, ricordato soprattutto quello dei Fabii. Se, da un lato, i rapporti di *hospitium* tra alcuni esponenti della *gens* e membri della classe dirigente punica sono esplicitamente attestati dalle fonti<sup>47</sup>, non è casuale dall'altro che la voce del gruppo —restituita dallo storico *gentilis* Fabio Pittore<sup>48</sup>— si sovrapponga fino a coincidere a quella degli aristocratici punici conservatori nel giustificare Cartagine e nel collocare *initium culpae in Hannibalem potentiaequae eius fautores*<sup>49</sup>. È forse proprio a causa di questo atteggiamento, ben noto da parte dei Fabii, che persino il *Cunctator* fu, ad un certo punto, sospettato di intesa con il nemico<sup>50</sup>. Il dubbio che —per parafrasare il sarcasmo di Imilcone— esistessero *Carthaginienses senatores...in Romana curia* dovette, in altre parole, essere avanzato talvolta anche per alcuni dei più insigni *patres* della Repubblica.

Come per ogni altra realtà venuta in contatto con Roma nei primi secoli della sua storia, anche per Cartagine si propose dunque un duplice livello di dialettica politica. Per la situazione dei rapporti ufficiali in essere tra le opposte realtà statuali esistono, da un lato, assai pochi dubbi circa il fatto che —malgrado ogni tentativo di dimostrare il contrario<sup>51</sup>— il patto dell'Ebro impegnasse ufficialmente, ben oltre i Barcidi, la stessa Cartagine; e che, come già si è ricordato, imponesse alla città punica —secondo una prassi consolidata nel mondo antico— il rispetto delle alleanze preesistenti. Esistevano però —come si è detto— rapporti non ufficiali, ma ugualmente saldissimi, tra gruppi di potere interni alle due città: d'accordo nel rigettare su Annibale *initium culpae*, queste influenti *lobbies* politiche cercarono ogni strada —ecco la *unplanned war!*— per

evitare lo scontro. Non a caso a guidare come membro anziano l'ultima ambasceria prima dello scoppio della guerra fu inviato, sembra, Marco Fabio Buteone; il quale, dopo la morte di Fabio Gurgite e prima dell'avvento del *Cunctator*, era uno dei capi della *gens*. In seno a una legazione impregnata di pulsioni belliciste, egli aveva probabilmente il compito di moderare le intemperanze dei colleghi più giovani; ai Fabii, dunque, si deve forse persino l'ultima scappatoia concessa alla città africana, la possibilità di riscattarsi offrendo —forse primo (e non ancora codificato...) caso storico di *sponsio* rigettata— la consegna o almeno la sconfessione di Annibale e del suo stato maggiore.

Per tornare una volta ancora al punto di partenza della nostra discussione non è dunque un caso, secondo me, che Fabio Pittore —*gentilis*, appunto, dei Fabii— si sia fatto interprete di questa posizione. Rifiutando di ammettere che dello Stato punico Annibale fosse l'autentico rappresentante, l'annalista di schiatta aristocratica interpretava la realtà non come essa era realmente, ma come avrebbe voluto che fosse; o, forse meglio, come avrebbe voluto presentarla una parte del senato di Roma. Identificava cioè nel governo dei *boni* la sola forma politica possibile; e, appunto da *nobilis*, ad esso idealmente si rivolgeva anche quando quella *factio* naturalmente filoromana non deteneva davvero il potere. Seguendo un'ottica tipicamente aristocratica, finiva così per individuare la vera Cartagine nei più tradizionalisti tra i suoi oligarchi, in coloro cioè con i quali un settore del senato —e la sua *gens* in particolare— aveva instaurato da tempo rapporti strettissimi; e rifiutava invece di riconoscere il governo 'democratico' che sosteneva la famiglia di Annibale.

La decisione di scendere in campo contro Cartagine fu dunque osteggiata ogni volta da settori importanti della *nobilitas* romana; sia nel 218, sia —come si è visto— già prima, nel 264, allo scoppio della guerra per la Sicilia, sia infine ancora dopo, nel 205, quando lo sbarco in Africa di Scipione incontrò l'opposizione —di nuovo!— di un Fabio e della sua *pars*, secondo cui l'unico fine da perseguire era l'espulsione di Annibale dall'Italia. Non solo; ma, tra Cartagine e il Barcide, i Romani sembrano aver

<sup>47</sup> Cartalone, capo della guarnigione di Taranto, fu ucciso (per errore?) da un soldato romano mentre, disarmato, tentava di accostarsi a Quinto Fabio Massimo fidando *commemorazione paterni hospitii*: Liv. XXVII, 16, 5.

<sup>48</sup> Come ricorda Polibio: cfr. *supra*, nota 39.

<sup>49</sup> Liv. XXX, 15, 6.

<sup>50</sup> Per es. Pol. III, 89, 3; 94, 8; 103, 2 ss.; Liv. XXII, 15, 1; XXIII, 3; Plut., *Fab. Max.* 5, 3; 5, 5; 7; 8, 4.

<sup>51</sup> Si veda, per tutti, K.-H. Schwarte (*Der Ausbruch des zweiten Kriege. Rechtsfrage und Überlieferung* (=Historia Einzelschriften, Heft 439, Wiesbaden 1983), che giustifica le scelte di Roma di fronte all'aggressione di Annibale, ma ne considera eccessiva la reazione verso Cartagine, considerata innocente.

continuato a distinguere a lungo. Nel celebre discorso che, all'indomani della disfatta di Canne, rivolge ai cittadini di Capua, Terenzio Varrone presenta l'esercito che lo ha sconfitto come una sorta di armata aliena, proveniente *ab ultimis terrarum oris, freto Oceani Herculisque columnis ed expertem omnis iuris et condicionis et linguae prope humanae...*<sup>52</sup>. Un'immagine, questa, che torna, almeno in parte, evocata anche da altri protagonisti dell'epopea liviana come ad esempio Marco Minucio Rufo<sup>53</sup>. Ma —se è giusta la lezione prescelta del testo liviano, che è però quella conservata nei codici migliori ed è accolta abitualmente dagli editori— neppure Annibale viene considerato davvero un Cartaginese: egli è, infatti, il *Poenus hostis, ne Africæ quidam indigena*<sup>54</sup>, che non è neppure originario dell'Africa. Propaganda, si dirà, a opera di una fonte dichiaratamente filoromana; e, però, lo stesso Livio ricorda un altro episodio ancora. Tra i provvedimenti adottati a Roma dal senato nell'anno 212 vi fu la lettura di due vaticini attribuiti a un certo *vates Marcius*, i cosiddetti *carmina Marciana*: il primo di essi, che conteneva una profezia *ex eventu*, invitava i Romani a tenersi lontani da Canne e dal *campus Diomedis* se volevano evitare una terribile strage, mentre il secondo suggeriva i rimedi sacrali per garantire la salvezza della Repubblica. Nella definizione che ne dà il primo di questi testi, il nemico è *vomica gentium*, un ascesso che *venit longe*, giunge in Italia da lontano a portare la distruzione; mentre nel secondo si parla di un *hostis alienigena*. Quest'ultimo termine soprattutto appare significativo. Come è stato detto<sup>55</sup>, *alienigena* possiede "una sfumatura semantica..." che lo distingue "da altri termini, solo apparentemente sinonimi, di uso più frequente" —come *barbari*—; e contiene in sé "l'idea di una differenza radicale, di una netta separazione", di un'estraneità totale. Risalgano, come credono alcuni, nientemeno che a Livio Andronico o possano essere assegnati comunque a un momento anteriore al II secolo, questi *carmina* sono a ogni modo assai significa-

tivi: con i loro caratteri alieni, Annibale e il suo esercito non possono assolutamente essere ritenuti espressione di Cartagine e del suo popolo.

Già dopo la vittoria di Zama, quando ancora erano vivi, in Italia, gli effetti della lunga lotta contro Annibale, si era discusso, per la verità, sulla sorte da riservare allo Stato sconfitto. In quella circostanza alcuni dei *patres*, tra cui il console dell'anno Cn. Cornelio Lentulo, avevano sostenuto —sia pur forse in maniera interessata— la necessità di proseguire la guerra fino alla distruzione di Cartagine; ma la loro linea si era rivelata nettamente minoritaria. Da un lato, infatti, i rapporti di cui già si è parlato tra le due aristocrazie continuavano a esistere; ed erano forti al punto da rivelarsi decisivi ancora nel 195 a.C., quando furono *adversæ Hannibalis factionis homines* a scrivere *principibus Romanis, hospitibus quisque suis...* ottenendo l'invio dell'ambasceria che spinse Annibale sulla via dell'esilio<sup>56</sup>. Dall'altro fu Scipione stesso che, conseguita la vittoria, abbracciò (e impose...) la linea della mitezza. Malgrado una delle fonti di Livio<sup>57</sup> affermi che egli si risolse a trattare la pace solo perché temeva l'arrivo di un successore a concludere l'impresa<sup>58</sup>, Polibio ricorda che l'Africano promise agli inviati di Cartagine di comportarsi con moderazione; e sostenne poi sempre, anche in seguito, il criterio della clemenza verso i nemici vinti<sup>59</sup>.

D'altra parte questa scelta era, già per l'Africano maggiore, nell'interesse non solo dei Punici, ma in quello dei Romani stessi<sup>60</sup>. Il dibattito ha lasciato un'ampia traccia nella storiografia, restituendoci persino le linee fondamentali delle orazioni tenute nel 201 in favore di Cartagine. In esse si coglie, certo, la presenza di molti luoghi caratteristici della retorica: come,

<sup>52</sup> Liv. XXIII, 5, 11.

<sup>53</sup> Liv. XXI, 43, 13.

<sup>54</sup> Liv. XXIII, 5, 11.

<sup>55</sup> Così G. P. Urso, *Il concetto di 'alienigena' nella guerra annibalica*, in: "Emigrazione e immigrazione nel mondo antico", CISA XX, a cura di M.Sordi, Milano 1994, p. 226.

<sup>56</sup> Liv. XXXII, 45, 6. Sulla responsabilità degli oligarchi punici cfr. anche Liv. XXXIII, 47, 3 ss.; Nep., *Hann.7*, 6; App., *Hann.* 4.

<sup>57</sup> Liv. XXX, 36. 10-11; XLIV, 3.

<sup>58</sup> Avrebbe, altrimenti, continuato le operazioni contro la città, almeno secondo App., *Lib.* 56, 245 e *Zon. IX*, 14, 2.

<sup>59</sup> Nel 190 prima lo espresse in una lettera a Prusia di Bitinia (Pol. XXI, 11), poi lo mise in atto nelle trattative con Antioco III di Siria (Pol. XXI, 17, 1-2).

<sup>60</sup> Pol. XV, 17, 3; cfr. App., loc.cit.

ad esempio, il richiamo —ripreso poi, come si vedrà, da Scipione Nasica— all'utilità, per Roma, di lasciar sopravvivere un nemico forte, che fosse di stimolo all'Urbe<sup>61</sup>; o l'accento al peso di *Tyche*, la *Fortuna* la cui volubilità invitava alla moderazione<sup>62</sup>. Alcuni motivi appaiono però senz'altro plausibili. Non solo, infatti, si avvertiva ancora, in quegli anni, l'opportunità di rispettare un'opinione pubblica straniera che non avrebbe approvato un atto estremo come la distruzione della città africana<sup>63</sup>; ma si considerava l'indulgenza nella vittoria come un requisito tipico del popolo romano<sup>64</sup> e si riteneva comunque che la magnanimità fosse una dote utile all'esercizio e alla conservazione dell'egemonia<sup>65</sup>.

Anche in ambiente letterario le accuse contro Cartagine sembrano essere nate alquanto più tardi. I versi superstiti di Cneo Nevio sulla prima guerra punica, pur composti nel corso del secondo conflitto, non mostrano infatti alcuna particolare avversione verso lo Stato nemico. Così avviene anche nell'epoca immediatamente successiva: tanto nella produzione colta di Quinto Ennio, quanto in quella dai risvolti senz'altro più popolari di Tito Maccio Plauto sembra infatti mancare ogni preconcetto ostile nei confronti dei Punici. Qualche sporadica allusione polemica contro Cartagine<sup>66</sup> si coglie nei frammenti di Ennio, che contengono però soprattutto spunti antiannibalic: oltre al riferimento alla crudeltà contro i feriti<sup>67</sup> e alla malafede<sup>68</sup>, si sono identificate da alcuni<sup>69</sup> nei suoi frammenti tracce

esplicite della 'maledizione punica' di Elissa-Didone, quella che, ripresa in Virgilio, scatena un *ultor* sovrumano e terribile contro la *res publica*<sup>70</sup>. Quanto a Plauto, non vi è acredine, per esempio, nel ricordo dell'Annone del *Poenulus*. Il *patruos multiphagonides*<sup>71</sup>, lo zio mangiatore di polenta che indossa la tunica lunga fino ai piedi caratteristica del suo popolo<sup>72</sup> e ha l'aspetto di un *puer cauponius*, di un garzone d'osteria<sup>73</sup>, è una caricatura bonaria, non astiosa; e, come lui, anche gli altri personaggi cartaginesi della commedia sono positivi.

Al contrario, quella di Attilio Regolo è indubbiamente una leggenda carica di velenoso rancore; ma, da quanto è dato sapere, il primo a parlare dei tormenti che gli vennero inflitti è Gaio Sempronio Tuditano<sup>74</sup>, annalista e console dell'anno 129. L'assenza di fonti più antiche potrebbe esser dovuta semplicemente al caso: pare infatti verosimile che il motivo si sia sviluppato al tempo della sua giovinezza, forse intorno alla metà del II secolo, quando si preparava l'intervento decisivo in Africa. In questo momento, però, era ormai contro i Punici in generale che Catone scagliava i suoi strali: essi erano dipinti, nella sua infuocata oratoria, non solo come i nemici più irriducibili dello Stato romano<sup>75</sup>, ma come il popolo capace da sempre di ogni efferatezza<sup>76</sup> e di ogni tradimento<sup>77</sup>.

Forse proprio da Catone conviene dunque prendere la mosse per definire cause e natura

<sup>61</sup> App., *Lib.* 65, 290-291; Val.Max. 7. 2, 3

<sup>62</sup> Diod. XXVII, 14-15; cfr. 17, 4; App., *Lib.* 57, 250; 59, 260; cfr. Liv. XXX, 42, 14.

<sup>63</sup> Diod. XXVII, 14, cfr. 15, 3; 16, 2; 17, 1; App., *Lib.* 57, 248-250.

<sup>64</sup> Diod. XXVII, 14; App., *Pun.* 250; 253-257. Lo ricorda, in Liv. XXX, 42, 17, anche un ambasciatore di Cartagine.

<sup>65</sup> Diod. XXVII, 15-16; cfr. App., *Lib.* 57, 248. Oltre agli *excerpta* di Diodoro e a quanto già citato: Diod. XXVII, 13-18; Liv. XXX, 43, 1-4; App., *Lib.* 57, 246-65, 291; Cass.Dio, fr. 57, 4; 59; cfr. Zon.I, 14, 12.

<sup>66</sup> Per es. ai sacrifici di bambini: 221 V.<sup>3</sup>

<sup>67</sup> 286 V.<sup>3</sup>

<sup>68</sup> 274-275 V.<sup>3</sup>

<sup>69</sup> Desunte da Nevio: cfr. L. Strzelecki, *De Naeviano Belli Punici carmine quaestiones selectae*, Krakow 1935; E.V. Marmorale, *Naevius poeta: saggio bibliografico con*

*edizione critica dei Frammenti*, Catania 1945, p.175; P. Grimal, *Le siècle des Scipions. Rome et l'hellénisme au temps des guerres puniques*, Paris 1975<sup>2</sup>, p. 147, nota 5. *Contra*, reputano l'episodio invenzione virgiliana V.M. Barchiesi, *Nevio epico*, Padova 1962; E. Paratore, *Ancora su Nevio*, B.P., fr. 23 M, in: "Festschr. K. Büchner", II, Wiesbaden 1970, pp.224-243. Cfr. anche: G. Brizzi, *Nuove considerazioni sulla 'leggenda' di Annibale*, "RSA" XVI (1986), pp. 111-137.

<sup>70</sup> Si vedano, in proposito, le conclusioni raggiunte nel mirabile articolo di A.-M. Tupet, *Didon magicienne*, "REL" XLVIII (1970), pp. 229-258.

<sup>71</sup> V. 54.

<sup>72</sup> Vv. 975-976; cfr. 1121.

<sup>73</sup> V. 1298.

<sup>74</sup> Frg. 5 P.<sup>2</sup>

<sup>75</sup> ORF<sup>4</sup>, frg. 195.

<sup>76</sup> Frgg. 187, 191, 193, 195b.

<sup>77</sup> Frg. 195b; cfr. *Orig.*, fr. 84 P.<sup>2</sup>

del terzo conflitto con Roma, quello che riuscì fatale a Cartagine. Come è noto, il trattato del 201 imponeva alla città vinta limiti precisi, tra cui quello, più sovente ricordato, “di non muover guerra a nessuno dei popoli fuori dell’Africa e neppure di quelli in Africa senza il consenso dei Romani”<sup>78</sup>. Ripetutamente provocata da Masinissa (che potendo, secondo l’opinione prevalente, contare sulla parzialità romana, spesso in suo favore nelle ripetute *querelles* territoriali<sup>79</sup>, puntava a sottrarle porzioni crescenti di territorio<sup>80</sup>), Cartagine si appellò più volte, prima, alla clausola che imponeva alla *res publica* stessa di difenderla; poi, almeno parzialmente delusa nelle sue istanze, decise di fare da sola. Nel 151/150, all’ennesimo sopruso di Masinissa, che aveva intaccato ormai il territorio metropolitano, i Punici presero le armi. Con esiti disastrosi, tuttavia: non solo, infatti, furono vinti<sup>81</sup>, ma, secondo i più, fu questa iniziativa che offrì a Roma il pretesto per muover loro guerra e per distruggerli. Questo è, secondo l’interpretazione più seguita, quanto successe.

Molto si è discusso circa i moventi che spinsero la *res publica* a una decisione tanto drastica<sup>82</sup>. Secondo alcuni dei moderni, che sembrano

fondare il loro punto di vista essenzialmente sulle argomentazioni di Appiano<sup>83</sup>, la causa fu soprattutto politica, dovuta cioè ai mutamenti di linea in atto ormai da tempo all’interno del senato<sup>84</sup>; mutamenti che —decisivi più volte, per Corinto in quello stesso anno e poi ancora per Numanzia— avevano portato a un forte inasprimento nelle linee politiche di Roma. A tali decisioni concorse forse anche il timore dei nuovi sviluppi ‘democratici’ che, secondo alcuni<sup>85</sup>, andavano allora facendosi sensibili (e inquietanti...) in Africa, in Grecia, in Spagna. Insistendo ad esempio sul celebre aneddoto catoniano dei fichi<sup>86</sup>, altri hanno invece sostenuto che le motivazioni fossero marcatamente economiche<sup>87</sup>: a volere la distruzione di Cartagine sarebbero stati gli agricoltori italici, che miravano a impadronirsi delle ricche terre africane. Mentre, secondo un’ulteriore ipotesi, la città libica avrebbe fatto paura non tanto per la sua forza militare, quanto per la sua rinnovata prosperità (e, in quest’ottica, sarebbero stati quindi i *mercatores* a voler eliminata una concorrente assai pericolosa...).

Alcuni di questi moventi potrebbero, certo, adattarsi perfettamente, per esempio, proprio a quel Catone i cui ripetuti attacchi contro la metropoli libica, scanditi dall’ossessivo ritornello del *Carthaginiem...delendam*<sup>88</sup>, ne fecero

<sup>78</sup> Pol.XV, 18, 4; Liv.XXX, 37, 2-6.

<sup>79</sup> Benché, forse, non nei termini espressi in App., *Lib.67*.

<sup>80</sup> Tra il 193 e il 162/161, Masinissa prima riprese i territori già conquistati da suo padre Gaia e restituiti a Cartagine da Siface (Liv.XXXIV, 62), poi fece propri oltre settanta centri punici (Liv.XL, 34); infine si impadronì definitivamente della regione degli *Emporia* (Pol.XXXI, 21). Cfr., tra gli altri, Gsell, *Histoire ancienne* cit., III, pp. 313-319; G. Camps, *Massinissa ou les débuts de l’histoire* (= *Libyca* VIII, 1), 1960, pp. 192-194; W. Huss, *Geschichte der Karthager*, München 1985, pp. 427-432; e, da ultimo, S. Lancel, *Notes complémentaires*, in: APPIEN, pp.168-169, n. 234. *Contra*, J. Desanges, *Massinissa et Carthage entre la deuxième et la troisième guerre punique: un problème de chronologie*, in: “Actes du III<sup>e</sup> Congrès intern. des Etudes phéniciennes et puniques” (Tunis, 11-16 novembre 1991), Tunis 1995, pp. 352-358.

<sup>81</sup> App., *Lib.70-72*; Liv., *per.49*; Zon.IX, 26.

<sup>82</sup> Tra gli altri: L. Zancan, *Le cause della terza guerra punica*, “Atti dell’Istituto Veneto di Scienze, Lettere ed Arti” XV (1936), pp.529-601; E. Maróti, *On the Causes of Carthage’s Destruction*, “Oikoumene” IV (1983), pp.223-231; e, da ultimo, Y. Le Bohec, *The Third Punic War: the Siege of Carthage (149-146 BC)*, in: “A Companion to the Punic Wars”, ed. by D. Hoyos, Malden 2011, pp. 431-435.

<sup>83</sup> *Lib.69*, 310-315.

<sup>84</sup> Cfr., per es., W. Hoffmann, *Die römische Politik des 2. Jh. und das Ende Karthagos*, “Historia” IX (1960), pp.309-364; U. Vogel-Weidemann, *Carthago delenda est: aitia and prophasis*, “Acta Classica” XXXII (1989), pp. 79-95.

<sup>85</sup> Cfr. G. Ch. & C. Picard, *Vie et mort de Carthage*, réimpr., Paris 1970, p. 280.

<sup>86</sup> Per es.: Plut., *Cato mai.27*. Sull’ostilità di Catone verso Cartagine cfr. anche: Cato, *orat.* fr.185 Malcov. (Cic., *Cato M.* 18.); App., *Lib.69*, 314; Flor.I, 31, 4; Liv., *per.48*; eccetera.

<sup>87</sup> Per es. F.J. Meijer, *Cato’s African Figs*, “Mnemosyne”, n.s., XXXVII (1984), pp.117-124; M. Dubuisson, *Delenda est Carthago: remise en cause d’un stéréotype*, “Punic Wars. Proceedings of the Conference held in Antwerp from the 23th to the 26th of November 1988” (= *Studia Phoenicia*, X), Leuven 1988, pp. 279-287. Recisamente critico verso l’ipotesi economica è Le Bohec, *The ‘Third Punic War’* cit., pp. 432-434.

<sup>88</sup> Flor.I, 31, 4; cfr. Diod.XXXIV, 33, 3; App., *Lib.69*; Plut., *Cato mai.* 27, 2; Vell.I, 13, 1; Plin., *nat.hist.* XV, 74; eccetera. Sul celebre motto catoniano cfr. M. Dubuisson, *Delenda est Carthago. Remise en question d’un stéréotype*, in: “Punic Wars” cit., pp. 279-287.

il principale paladino della ‘soluzione finale’ rispetto ai Punici. Egli doveva essere senz’altro ben disposto, infatti, a difendere —sul piano dell’acquisizione territoriale non meno che su quello di un protezionismo assolutamente *sui generis*— gli interessi dei contadini italici (e persino dei *mercatores*). Non solo: appare senz’altro possibile che alla sua posizione estrema egli si sia lasciato spingere anche da considerazioni non confessabili di carattere personale; ed essenzialmente, forse, dal desiderio di trovare lo spazio per un rilancio politico *in extremis*, sul finir della vita.

E tuttavia che “the Third Punic War” sia stata solo “a fig war, similar to the oil war that our world has experienced rather more recently”<sup>89</sup>, è un fatto che non convince fino in fondo. A muovere Catone e gli altri partigiani della guerra dovettero dunque intervenire anche motivi di natura diversa. A questo proposito va —io credo— riconsiderata un’ulteriore (e ben precisa...) nozione, quella —già ricordata— del *metus Punicus*, il timore subliminale nei confronti del nemico africano divenuto topico in Roma<sup>90</sup>. Sia Catone, infatti, sia il suo principale interlocutore fecero ricorso, nel dibattere la sorte di Cartagine, proprio a questo tema. L’uno sottolineava (e in tal senso, lo vedremo, non in quello economico, va intesa anche l’istrionica esibizione dei fichi giunti freschi dall’Africa)<sup>91</sup> il pericolo di una nemica insidiosamente vicina all’Italia; l’altro, quel Publio Scipione Nasica la cui voce si levò nella stessa circostanza a difendere tenacemente la città libica, insisteva —riprendendo un motivo caro già, come si è visto, al più illustre dei suoi consanguinei, l’Africano— a ricordare come l’ombra minacciosa dei Punici costituisse per la *res publica* un prezioso stimolo a mantenere intatte bellicosità e austerità dei costumi<sup>92</sup>.

Pur declinato su opposti registri, il motivo propagandistico prescelto era dunque per entrambi gli interlocutori esattamente lo stesso, quello —appunto— del *metus Punicus*; e la cosa non può non apparire singolare. Certo, l’incubo generato dal passaggio di Annibale in Italia non si era mai dissolto del tutto; e la ferita doveva essere almeno in parte ancor viva, se è vero che nei moniti delle nutrici ai pupilli disubbidienti il Barcide aveva assunto la funzione che presso di noi spetta all’uomo nero. Certo l’atteggiamento politico della classe dirigente romana era, come si è detto, drasticamente mutato. E tuttavia, di fronte a uno Stato punico ormai ridotto davvero a una condizione di irrimediabile debolezza, persino queste paure ancestrali avrebbero dovuto sopirsi; e le argomentazioni di Catone, vecchio combattente della guerra annibalica, avrebbero dovuto perdere almeno in parte la loro efficacia.

Ma, in particolare, sembra sorprendente —mi si permetta— la linea per così dire ‘difensiva’ adottata da Scipione Nasica. Quando assai più logico sarebbe stato, nell’appello in favore di Cartagine, chiedere clemenza sostenendo che la si poteva graziare impunemente perché non costituiva ormai più un vero pericolo, egli decise, viceversa, di affidarsi al medesimo argomento di Catone, sia pur rovesciandone le conclusioni e la valenza ultima. Logico e comprensibile nel 201, quando ancora aperte erano, nella penisola, le ferite inflitte dalla guerra appena conclusa, il ricorso a questo tema parrebbe, al contrario, non solo inopportuno, ma addirittura anacronistico intorno alla metà del II secolo, null’altro se non la sopravvivenza di un semplice *topos* letterario. Eppure, a meno di non voler pensare, da parte di Nasica, a un autolesionistico (e incredibile...) sfoggio di narcisismo dialettico, la sua scelta induce a credere che il motivo avesse ancora (o di nuovo, forse?), per il popolo romano, una precisa plausibilità ed esercitasse nei suoi confronti una presa fortissima. Certo, la pubblica opinione sembra aver trasferito la propria ostilità da Annibale, ormai scomparso, su Cartagine. Ma si trattava esclusivamente del prodotto di quella che qualcuno ha definito “collective

<sup>89</sup> Così Le Bohec, *The ‘Third Punic War’* cit., p. 433.

<sup>90</sup> Cfr., tra gli altri, H. Bellen, *Metus Gallicus-metus Punicus. Zum Furchtmotiv in der römischen Republik*, “Abhandl. Der Akademie der Wissensch. in Mainz”, 1985, 3 [Stuttgart], 46 pp.; K.W. Welwei, *Zum metus Punicus in Rom um 150 v. Chr.*, “Hermes CXVII (1989)”, pp.314-320. Di recente è tornato su questa pulsione, sia pur solo a livello di “collective psychology”, Le Bohec, *The ‘Third Punic War’* cit., pp. 434-435.

<sup>91</sup> Cfr. *supra*, nota 85.

<sup>92</sup> Flor.I, 31, 4-5; cfr. App., *Lib.* 69; Diod.XXXIV-XXXV, 33, 3; Plut., *Cato mai.* 27; August., *Civit. Dei* I, 30, Oros.IV,

23, 9; Zon.IX, 30, 469 C. Sulle fonti relative a questa posizione: A.E. Astin, *Scipio Aemilianus*, Oxford 1967, pp. 276-280; Zecchini, *Polybios* cit., p. 230 e nota 50.

psychology<sup>93</sup> o vi era qualche presupposto reale per questa diffidenza e questa ostilità?

Non vi è dubbio che le fonti letterarie riportino una serie di fatti i quali, agli occhi di Roma, dovevano costituire altrettanti indizi estremamente inquietanti. Cartagine —è il loro asserto unanime— era non solo ricca<sup>94</sup> e popolosa<sup>95</sup>, ma piena di ogni sorta di armi e di materiale bellico<sup>96</sup>. Dotazione che trovò conferma, del resto, nel momento in cui, obbedendo al *diktat* romano, i Punici si rassegnarono ad accettare il disarmo, consegnando ben 200 mila panoplie, un numero infinito di *missilia* e forse 3 mila catapulte<sup>97</sup>. Poiché dal 153 almeno in città si era imposta con Cartalone la fazione democratico-nazionalistica<sup>98</sup>, Masinissa e i suoi figli ebbero buon gioco nel prospettare che questi preparativi bellici fossero diretti, oltre che contro di loro —Cartagine sobillava ormai apertamente i 'Libi delle campagne'<sup>99</sup>— contro Roma stessa. Ma come poterono, i principi numidici, riuscire convincenti? Quand'anche nella figura di Punico, il capo che, nel 153 a.C., guidava i Celtiberi in lotta contro Roma, non si

debba vedere —come pure si è fatto<sup>100</sup>— la *longa manus* di Cartagine, una particolare linea vi era, pervicace nella condotta della città africana, che doveva parere assai più inquietante delle altre: la sua volontà di procedere ad un riarmo navale, che ben difficilmente poteva esser letto in funzione antinumidica. Già nel 171 il principe Gulussa aveva messo al corrente il senato circa l'intenzione di Cartagine di dotarsi nuovamente di una grande marina da guerra: il pretesto — affermò Gulussa— era quello di appoggiare i Romani nella lotta contro i Macedoni, ma, una volta che l'avessero costruita, avrebbero poi ben potuto decidere —osservò maliziosamente il figlio di Masinissa— chi avere come nemico e chi come alleato<sup>101</sup>. Quasi vent'anni dopo, durante un'ambasceria in Africa, Catone aveva poi potuto vedere di persona le imponenti scorte di legname, evidentemente predisposto per costruzioni navali, e aveva sorpreso gli arsenali punici in piena attività<sup>102</sup>. Utilizzando forse quegli stessi depositi di materiale, la città africana sarebbe infine riuscita qualche tempo dopo, quando già era stretta d'assedio, a costruire in breve una flotta importante<sup>103</sup>. L'ultima, apparente remora alla guerra —*placuit, ut bello abstererent*— venne comunque concessa dal senato su appello di Scipione Nasica *si Carthaginenses classem exussissent et exercitum dimississent*<sup>104</sup>.

Accusate sovente dalla moderna critica di voler giustificare comunque l'operato di Roma, le fonti letterarie hanno però trovato su questo punto un inoppugnabile puntello nel dato archeologico: gli scavi condotti dai Britannici nell'ambito del programma UNESCO "Pour sauver Carthage" hanno infatti dimostrato che, dei due porti artificiali di Cartagine, quello rotondo era effettivamente —come afferma Appiano,

<sup>93</sup> Così Le Bohec, *The 'Third Punic War'* cit., p. 434.

<sup>94</sup> Ricchezza e crescita demografica in App., *Lib.* 67, 303 e in Plut., *Cato mai.* 26, 3. Le finanze della città africana si erano riprese da tempo, anche grazie all'opera di Annibale: Liv. XXXIII, 46 ss.; Nep., *Hann.* 7, 4; Iust. XXXI, 2, 11. La prosperità di Cartagine appare confermata dagli esiti delle ricognizioni condotte durante la campagna internazionale di scavi dell'Unesco tra il 1975 e il 1985: cfr. S. Lancel, *Carthage*, Paris 1992, pp. 423-429; Id., *Hannibal*, Paris 1995, pp. 292-297; Id., *Notes complémentaires* cit., p. 168, note 232. Molti dubbi nutre Le Bohec, *The 'Third Punic War'* cit., p. 434.

<sup>95</sup> A riprova della crescita demografica si ricorda, di solito, il quartiere popolare portato in luce dagli scavi sul pendio meridionale della Byrsa: cfr. Lancel, *Carthage* cit., pp. 161-192.

<sup>96</sup> Lo afferma Plut., *Cato mai.* 26, 3.

<sup>97</sup> O, secondo un'altra lettura, duecentomila parti di armatura. Per entrambe le versioni: Pol. XXXVI, 6, 7; Diod. XXXII, 6, 2; App., *Lib.* 80; Liv., *per.* 49. Anche Strabone (XVIII, 3, 15) ha cifre analoghe, ma parla di 2 mila catapulte soltanto.

<sup>98</sup> App., *Lib.* 68, 305-307.

<sup>99</sup> App., *Lib.* 68, 307; Liv., *per.* 48. Che le azioni di Cartagine fossero rivolte contro Roma i principi numidici lo sostenevano da tempo: v. *infra*, nota 101.

<sup>100</sup> Così sembra pensare L. Pareti, *Storia di Roma*, Torino 1953, p. 178 (cfr. pp. 222-223)

<sup>101</sup> Liv. XLIII, 3, 6-7: *...et monuit patres conscriptos ut a fraude Carthaginensium caverent: classis eos magna parandae consilium cepisse, specie pro Romanis et adversus Macedonas; ubi ea parata instructaque esset, ipsorum fore potestatis, quem hostem aut socium habeant.*

<sup>102</sup> Liv., *epit.* 47, 20. Il rilievo fu, d'altronde, confermato da una seconda ambasceria voluta da Scipione Nasica: Liv., *per.* 48, 6.

<sup>103</sup> Immediatamente operativa contro i Romani: App., *Lib.* 121, 575-576.

<sup>104</sup> Liv., *per.* 48, 55.

che ne fornisce una descrizione dettagliata<sup>105</sup>— un importante arsenale militare le cui darsene potevano dare ricovero a una flotta forse non di duecentoventi navi, come afferma sempre Appiano, ma certamente di centosettanta almeno<sup>106</sup>. Ciò che più sorprende è però il fatto che lo scavo del doppio bacino, tondo e rettangolare, risalga “probably at a date close to the end of Carthage’s independent existence in the middle of the 2<sup>nd</sup> century BC”<sup>107</sup>. Che uno Stato vinto, il cui apparato marittimo non poteva superare per trattato il numero di dieci navi da guerra, si dotasse di simili impianti era un fatto che non poteva non allarmare Catone e, con lui, buona parte del senato di Roma<sup>108</sup>.

Ma, se questo era il nuovo porto, quale era lo stato della forza navale cartaginese alla vigilia dell’ultimo conflitto? Che ne era della flotta che le darsene avrebbero dovuto ospitare? Qui si resta, purtroppo, nel campo delle congetture. Di nuovi progetti in tal senso, come si è visto, si parlava da tempo. La stretta sorveglianza esercitata dal senato della *res publica* aveva dunque costretto Cartagine a rispettare il trattato del 201, che ne limitava le forze navali a dieci vascelli soltanto? Le cale del nuovo porto da guerra erano rimaste davvero vuote e inutili? Vi è chi sembra pensarlo<sup>109</sup>, salvo però rivedere poi almeno in parte le sue convinzioni, prima ammettendo che, “quant aux navires”, i Punici, se ne mancavano, “ils n’en étaient pas totalement dépourvus, et ils

en avaient probablement plus que les dix dont le traité...leur permettait l’armement”<sup>110</sup>; poi riconoscendo che, comunque, la richiesta ultimativa rivolta loro di bruciare la flotta<sup>111</sup> significava che, a Roma, “on la tenait...pour reconstituée”<sup>112</sup>.

Cheché si voglia pensarne, alcune conclusioni sono difficilmente contestabili. La costruzione di un porto militare attrezzato per ospitare circa duecento vascelli denunciava, al di là di ogni dubbio, l’intenzione di dotarsi di un’importante marina da guerra; e doveva, comunque, allarmare lo straordinario livello cantieristico<sup>113</sup> dei Punici, che li metteva in condizione di realizzare una grande flotta in tempi relativamente brevi<sup>114</sup>.

Ben diverso appare dunque, con queste premesse, il senso dell’aforisma di Catone. Come è stato opportunamente osservato, “the fig anecdote...” deve evidentemente essere interpretato “in a very different sense: if a ship laden with fruit makes the trip in so little time, one might think that a warship would scarcely take more, a fact which was indeed more worrying”<sup>115</sup>. Quali che fossero le reali intenzioni della città nel cercar di ricostruire la sua potenza navale, Cartagine commise comunque il tragico errore di sottovalutare la sensibilità di Roma di fronte al terrore che questa scelta faceva rivivere. Già

<sup>105</sup> *Lib.*96, 456 ss.

<sup>106</sup> È il numero che, dall’analisi dei resti archeologici, ha calcolato H. Hurst, uno degli archeologi che hanno condotto gli scavi: *Excavations at Carthage: The British Mission, Vol. II, 1. The Circular Harbour, North Side: the Side and Finds other than Pottery*, Oxford 1994, p. 39.

<sup>107</sup> Così H. Hurst, *Understanding Carthage as a Roman Port*, “Bollettino di Archeologia on line”, I (2010)/ Volume speciale (= “Roma 2008 – International Congress of Classical Archaeology. Meetings between Cultures in Ancient Mediterranean”), p.53. Cfr. anche H. Hurst, *The War Harbour of Carthage*, in: “Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici”, II, Roma 1983, pp.603-610; Id., *Carthage* cit., pp.39 ss; S. Lancel, *Les ports puniques de Carthage. État des questions*, in: “CXV Congrès des Sociétés savantes”, Paris 1992, pp. 297-315.

<sup>108</sup> Cfr. Lancel, *Notes complémentaires* cit., p. 186, nota 347.

<sup>109</sup> Cfr. Lancel, *Notes complémentaires* cit., p. 206, nota 447.

<sup>110</sup> Così Lancel, *Notes complémentaires* cit., p. 174, note 267.

<sup>111</sup> *Liv., epit.*48, 24.

<sup>112</sup> Lancel, *Notes complémentaires* cit., p. 173, nota 259.

<sup>113</sup> L’esame minuzioso del relitto (databile al III secolo) di una nave da guerra arenatasi presso Marsala ha rivelato le tracce, sulle tavole del fasciame, di contrassegni dipinti destinati ad agevolare il montaggio, accelerando il lavoro dei carpentieri; questi, del resto, avevano a disposizione vere e proprie componenti prefabbricate che rendevano rapidissimo il processo di costruzione: cfr. H. Frost, *The Prefabricated Punic Ship*, “*Studia Phoenicia X. Punic Wars*” cit., pp. 127-135.

<sup>114</sup> Secondo il computo, sia pur forse eccessivo di Strabone —XVII, 3, 15— essi furono in grado di costruire ben centoventi navi pontate in due mesi. Soltanto Appiano, nel passo citato *supra*, alla nota 105, mette comunque in azione cinquanta vascelli maggiori, quinqueremi o triremi, e un gran numero di piccole unità.

<sup>115</sup> Così Le Bohec, *The ‘Third Punic War’* cit., p. 433.

altrove ho sottolineato, più e più volte<sup>116</sup>, come Roma, uscita sconvolta dalla guerra contro Annibale, avesse fatto propria la dottrina (greca, ma che sarebbe divenuta poi marcatamente e quasi esclusivamente romana...) del deterrente; e come una delle misure prese per garantirsi una sicurezza ritenuta irrinunciabile fosse stata quella —adottata per giunta dapprima proprio contro Cartagine!— di distruggere sistematicamente le flotte delle Potenze sconfitte, onde impedire, dopo Annibale, una nuova invasione dell'Italia.

Resta la questione dell'esercito punico, la cui forza è forse ancora oggi almeno parzialmente sottovalutata<sup>117</sup>. Per come era maturata —attirando un nemico superiore in un territorio a lui sfavorevole, poi sfinendolo fino a distruggerlo<sup>118</sup>— la vittoria di Masinissa a Oroscofa anticipa una tattica, tipicamente numidica, che i Romani, pur assai più forti non solo di Cartagine, ma della stessa Numidia, avrebbero poi a loro volta sperimentato ai loro danni, applicata ripetutamente<sup>119</sup> da parte di Giugurta; ma, almeno a mio avviso, non è di per sé il segno di

una debolezza militare assoluta di Cartagine, debolezza che, del resto, le difficoltà incontrate persino dall'Emiliano per espugnarla sembrerebbero in qualche modo smentire. Costretta per la prima volta dopo molto tempo a contare, per difendersi, sui propri cittadini soltanto, la città africana si era data evidentemente una nuova struttura militare che contava sulla leva civica, come anche la già ricordata dotazione di panoplie presente in città sembrerebbe confermare.

È comunque partendo dal presupposto di questa sua pretesa debolezza che alcuni studiosi<sup>120</sup> hanno elaborato, sulle *aitiai* della guerra, la teoria che, in fondo, appare maggiormente plausibile: la città libica pareva pericolosa non tanto in sé, quanto inglobata in uno Stato numidico ampio e coeso più di quanto quello punico fosse mai stato. E, tuttavia, sono convinto che, per Roma, il vero problema fosse —e restasse— Cartagine, non la Numidia. A proposito di quella che, per convenzione, continuerò a definire qui 'Terza Guerra Punica' si possono dunque, io credo, azzardare alcune conclusioni, almeno in parte nuove; grazie alle quali tutto sembra tornare, persino l'intimazione, spietata ma non senza motivo, di ricostruire la città lontano dal mare. Sostanzialmente rimossi, o almeno relegati in secondo piano, i moventi economici, rimangono sul tappeto le pulsioni politiche e quelle psicologiche. Quando alla paura di Annibale venne a sovrapporsi, razionalmente o meno, quella della città libica, l'ormai dilagante imperialismo romano fece il resto. Ne fossero o meno fondati i presupposti, Cartagine ebbe il torto di risvegliare, avocandoli a sé, antichi terrori; e indusse Roma a quella che fu forse una delle prime sue guerre preventive<sup>121</sup>, raccogliendo infine, purtroppo per lei, l'amarissima messe dei fichi di Catone.

<sup>116</sup> Adottata probabilmente per la prima volta ad opera dell'Africano, questa nozione divenne uno dei cardini nella politica della *res publica* fino dal suo ingresso nel Levante mediterraneo (cfr. W. von Haase, 'Si vis pacem para bellum'. Zur Beurteilung militärischer Stärke in der römischen Kaiserzeit, in: "Limes. Akten des XI Internationalen Limeskongresses", Budapest 1977, p.739: "nicht gleich nach dem Erwerb der ersten Provinzen im 3. Jahrhundert, aber sicher seit dem römischen Eingreifen in den griechischen Osten im 2. Jahrhundert"), contemplando sistematicamente il disarmo, soprattutto navale, degli Stati vinti (cfr., ad esempio, Brizzi, *I sistemi informativi* cit., pp.110-175, con ulteriore bibliografia; Id., *Annibale, strategia e immagine*, Città di Castello 1984, pp.106 ss.; 115 ss.; Id., 'Si vis pacem, para bellum', in: "Storia romana e storia moderna. Fasi in prospettiva", a cura di M. Pani, Bari 2005, pp. 81 ss.).

<sup>117</sup> Torna, da ultimo, sul problema Le Bohec, *The 'Third Punic War'* cit., pp.435-437, che insiste sull'impossibilità di reclutare mercenari. Non è improbabile, tuttavia, che —come era accaduto sempre nei momenti di crisi— la città fosse tornata (e ormai definitivamente...) alla leva cittadina.

<sup>118</sup> App., Lib.70, 321-72, 328.

<sup>119</sup> Si ricordi, in particolare, l'episodio di Calama, su cui basterà rinviare a: G. Brizzi, *Giugurta, Calama e i Romani sub iugum*, in: "L'Africa romana. Atti del VII Convegno di Studio. Sassari, 15-17 dicembre 1989", II, a cura di A.Mastino, Sassari 1990, pp. 855-870.

<sup>120</sup> In particolare, per es. Gsell, *Histoire ancienne* cit., III, p. 329.

<sup>121</sup> Rinverò, ancora una volta, ad un mio passato lavoro: G. Brizzi, "Si vis pacem, para bellum", in: "Storia romana e storia moderna. Fasi in prospettiva", a cura di M.Pani, Bari 2005, pp. 11-26.